

Cultura y locura. Resistencia frente a la normalización.

Caso Radio La Colifata, Buenos Aires, Argentina

Claudia Yuliet Ospina Ospina

Trabajo de grado para optar por el título de antropóloga

Asesor:

Simón Puerta Domínguez

Doctor en Filosofía

Universidad de Antioquia

Facultad de Ciencias Sociales y Humanas

Departamento de Antropología

Medellín, Colombia

2021

Para mi siempre eterna, la Luz de la que me embebo para transitar el existir. Para las miles de voces, voluntades y miradas; para las ideas que impulsaron, direccionaron, asesoraron. Nada es en vano, el cruce insospechado cobra sentido en su relativo, pero preciso 'momento'. A mí no deja de sorprenderme, incluso en la incomprensión.

A la locura que me trajo hasta acá, y a quienes la alimentaron, la creen, la viven: para ustedes esto, espero me adeuden lo que resta.

Para la humanidad, muestra expresa del misterio de la vida, misma que me abraza y que abrazo con el fuego de mi alma, esa, por la que soy y a la que me debo.

Buenos Aires, 18 de diciembre del 2020

TABLA DE CONTENIDO

RESUMEN	4
ABSTRACT	5
INTRODUCCIÓN	6
I. OCÉANO	14
II. OÍDOS Y LENGUA	19
<i>Albores de La Colifata</i>	<i>19</i>
<i>Nacimiento y desarrollo de La Colifata</i>	<i>21</i>
III. TENSIÓN.....	27
IV. ALTERNATIVA	33
V. EL LOCO	44
VI. COLABORACIÓN	49
VII. RESISTENCIA	57
X. CULTURA Y LOCURA	64
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	72

RESUMEN

La sociedad europea occidental mantuvo la forma de segregación y exclusión de lo mórbido desde el escenario en que la lepra tuvo lugar en la época clásica. Con la configuración de los estados modernos latinoamericanos (XIX-XX), en un contexto de fortalecimiento de nacionalismos y basados en el proyecto modernizador del norte occidental, se promulgaron discursos como el higienismo y la eugenesia. La locura se presentó como un punto problematizador para los deseos de las jóvenes naciones por participar en los bastones de modernidad y razón. A través de una radio argentina: LT22 Radio La Colifata, los pacientes y ex-pacientes del hospital José. T. Borda han encontrado una manera de expresar su 'locura' y resignificar la concepción de que estar loco es estar silenciado y aislado. La Colifata surge independiente de la institución psiquiátrica, hecho que hace que los agentes de la radio se disputen en el campo del poder, la praxis política y las configuraciones culturales del fenómeno. El manifestar y compartir su locura en la radio es una manera de recuperar la historia singular y colectiva que los une; una forma de reconocerse desde su condición particular y poder hacer de ella un modo de transformación social. Los códigos que se transmiten son discursos que generan nuevos campos en la configuración de significados, donde emisores y receptores cumplen la función de producción de sentido generando un espacio de negociación, de contrato, de pugna por el sentido hegemónico.

Palabras clave: Locura, cultura, resistencia, normalización, Radio La Colifata

ABSTRACT

Western European society maintained the form of segregation and exclusion of the morbid from the setting in which leprosy took place in classical times. With the configuration of modern Latin American states (19th-20th century), in a context of strengthening nationalisms and based on the modernizing project of the Western North, discourses such as hygienism and eugenics were promulgated. Madness was presented as a problematic point for the desires of the young nations to participate in the batons of modernity and reason. Through an Argentine radio station: LT22 Radio La Colifata, the patients and ex-patients of the José T. Borda hospital have found a way to express their 'madness' and resignify the conception that being crazy is being silenced and isolated. La Colifata arises independently from the psychiatric institution, a fact that causes radio agents to challenge each other in the field of power, political praxis and the cultural configurations of the phenomenon. Manifesting and sharing their madness on the radio is a way of recovering the singular and collective history that unites them; a way of recognizing themselves from their particular condition and being able to make of it a way of social transformation. The codes that are transmitted are discourses that generate new fields in the configuration of meanings, where senders and receivers fulfill the function of production of meaning, generating a space for negotiation, a contract, a struggle for the hegemonic meaning.

Keywords: Madness, culture, resistance, normalization, Radio La Colifata

INTRODUCCIÓN

“‘No sé si curarme o multiplicar mi locura’, se preguntó con ironía un muchacho de pelo oscuro y una sonrisa que le desbordaba el rostro. ‘Yo no soy loco; soy un colifato. Locos son los que volaron la Amia¹ o las Torres Gemelas. Me parece que hay diferencias con lo que hacemos nosotros, ¿no?’”

(Colifato en: Aguilar, 2002).

A través de una radio argentina nominada LT22 Radio La Colifata, los pacientes y ex-pacientes del hospital José. T. Borda, en la ciudad de Buenos Aires, encuentran una manera de expresar su ‘locura’ como forma de enunciarse. Así mismo, buscan que se resignifique la noción generalizada de que estar en locura es estar silenciado y aislado de la sociedad. Teniendo en cuenta que este proceso radial surge como una iniciativa independiente de la institución psiquiátrica, se plantea analizar los agentes de La Radio como unos actores más que se disputan en un campo estatal el ejercicio de la praxis política. En aras de una comprensión antropológica de la locura, se propone analizar las relaciones sociales implicadas en el fenómeno y las tensiones frente a la normalización psiquiátrica, así como las resistencias que en el proceso emergen.

Es así como esta monografía se propone informar del acompañamiento de los procesos propuestos por el proceso radial La Colifata. Se abordarán los albores de La Colifata, la influencia de procesos artísticos como el *Frente de Artistas del Borda* y *Cooperanza*; se enunciará su nacimiento propiamente en el seno de *Cooperanza*, y en cabeza de Alfredo Olivera, el 3 de agosto de 1991, como una radio sin antena. Así mismo, se hablará de lo conocido como *El día negro de la salud mental en Argentina*, exponiéndose cómo el 26 de abril de 2013 entran las fuerzas represivas al Borda con la intención de demoler un taller artístico y dar vía al megaproyecto inmobiliario de unificación del complejo de

¹ Asociación Mutual Israelita. Embajada de Israel en Argentina que sufrió de un atentado denominado ‘terrorista’ el 18 de julio de 1994. El hecho se produjo a través de un coche-bomba. Según registros oficiales hubo 85 personas asesinadas y 300 heridas. Se considera el mayor ataque contra objetivos judíos fuera de Israel desde la Segunda Guerra Mundial.

unidades hospitalarias del sector donde está ubicado el neuropsiquiátrico José Tiburcio Borda. Además, se abordará la funcionalidad que ha tenido la Radio a modo del restablecimiento de un vínculo social. Se analiza cómo la Colifata se convierte en un espacio de referencia afectiva y de identidad que, aunque ayuda a reconstruir el mundo interno del sujeto —siendo esto una bondad—, es claro también que tiene sus limitaciones; que cuesta en ocasiones que el sujeto se reconozca a sí mismo más allá de la experiencia de La Radio. Se analizará, por último, el tema de la autogestión, el dinero y el financiamiento de Radio La Colifata, mostrando cómo esta hace parte de un proyecto más general: la *Asociación Civil de Salud Mental y Comunicación La Colifata*.

Así, se presenta un estudio etnográfico que permite registrar, describir, interpretar, contar y compilar la experiencia de las personas en Radio La Colifata, a la vez que establece categorías conceptuales en donde la enunciación antropológica incluye sus diálogos en torno a la comprensión de la locura en un contexto latinoamericano, diálogos que permiten, sin duda, vivificar y poner en discusión nuevas miradas a la complejidad del fenómeno expuesto, y por su parte, dotan de elementos para comprenderlo. Estudiar Radio La Colifata es una forma de acceder a la problemática de la locura en Occidente, su tratamiento, su concepción. Su carácter inédito en el mundo como herramienta de recuperación y comprensión a la locura desde un espacio radiofónico, abre un espacio fecundo para las disciplinas que se mueven desde los medios —masivos o alternativos— de comunicación y, por supuesto para las ciencias sociales y humanas en América Latina y el mundo.

Se busca explicar el orden de transmisión, el procedimiento y los proyectos de incubación que se dan en semana en la Radio. Estos se expresan en los diferentes programas de *incubación colifata* que se llevan los lunes en la mañana, así como otros nexos que se crearon a razón del confinamiento por la pandemia del Coronavirus. Así entonces, se dará cuenta de algunos de los proyectos que se tienen con La Colifata. Se esbozará el planteo del director de La Radio, Alfredo Olivera, frente a la categoría de *resistencia*, partiendo de que quien tiene acceso al micrófono tiene el poder con la palabra. En estos tiempos, se intenta abordar el conocimiento desde lógicas múltiples, según Olivera, y no es posible pensar la función de la Colifata como *resistencia* asociada a la pugna de la correlación de fuerzas.

Además, se resaltarán la influencia que inspira a este trabajo, Erving Goffman (2011), ya que, en gran parte de su producción teórica trató de acercarse a mundo social subjetivo de los internos psiquiátricos, planteando que entre el mundo del internado y del personal prevalecerá una relación asimétrica de posiciones, puesto que los primeros ceden su voluntad a los segundos, poniendo el eje en la microsociología de la interacción. Para él, cada acontecimiento: secuencia de acción desarrollado en nuestra vida cotidiana constituye un sistema de actividades situadas y en este sentido, presenta los procesos *microsociales* desde el orden de la interacción, donde la situación de confluencia que desemboca en una interacción recíproca se convierte en el objeto de análisis, sin menospreciar la influencia del orden estructural.

La categoría *locura* será considerada desde diversas perspectivas. Por un lado, se pretende comprender el fenómeno desde un sentido histórico de cómo Occidente ha concebido lo “loco” o lo “anormal”. Para ello, será neurálgico el estudio que realizó el pensador francés Michel Foucault en *Historia de la Locura desde la época clásica* (1986), y que va hasta lo que podríamos nominar la contemporaneidad. Por otro lado, se presentará la locura desde un sentido más holístico, que pretenda alejarse de la clasificación nosológica que enmarca las ‘enfermedades mentales’ para analizarla como un fenómeno complejo que abarca, no solo el sujeto que ‘padece’, sino toda una serie de relaciones sociales entorno a ella, teniendo presente la dimensión simbólica humana como un hecho constituyente en la manera de definir un canon unificado en que el grupo de individuos conserva su función comunicativa. El símbolo y las relaciones de poder se expondrán a través de las tensiones permanentes que se presentan entre los múltiples actores producto de estas asimetrías en sus posiciones. Serán claves los conceptos de *institución total* y *muerte civil* de Goffman, para entablar la relación con nociones como *campo de poder* y *estatalidad*.

Para realizar este trabajo, se emigró de la ciudad de Medellín a Buenos Aires, Argentina, lugar de sesión radial, con la plena intención de vivir la experiencia cercana. Las condiciones objetivas desatadas por la pandemia hicieron que el diálogo con la Radio y la compilación etnográfica se registrara, en gran medida, de manera virtual. Se recurrió a

entrevistas con los colifatos² (internos o externos del Borda), enfermeras, artistas, personas de la dirección de La Radio, psiquiatras. Fundamentales fueron los recursos virtuales, tales como entrevistas, documentales y compilación de notas periodísticas. Este registro se confabuló con la comprensión, análisis y asociación de fuentes teóricas sobre el tema, hecho que permitió extraer y asociar categorías conceptuales con el plano empírico.

Se lograron algunas consideraciones de cierre que versan en comprender cómo con el proceso de La Colifata la locura no es el medio, sino el fin. Cuando la cordillera del lenguaje es muy alta no permite que traspasen las palabras de un lado a otro, las vuelca todas hacia adentro, planteándose acá La Radio como un puente que permite el paso de algo de ese volcán de palabras al otro lado de ese conjunto de montañas alineadas. La locura está en un plano de la incompreensión, por tanto, del acallamiento. Un colifato dice que esta es como un idioma que no reconocemos, y al saberse extraño y forastero hay un sistema que lo reprime. La cuestión se complejiza cuando, más allá del señalamiento y el abandono sobre las personas con algún padecimiento psíquico, que bien se podría nominar de tipo cultural e histórico, se da un abandono estatal de orden político y económico. El arte no cura, pero sí ayuda. La Colifata no es un proceso de transformación revolucionario en términos estructurales, pero sí ayuda a que se den transformaciones sociales y culturales frente al fenómenos del padecer psíquico.

Para realizar esta investigación, se procedió con un método de tres etapas de desarrollo: la primera fue la preparación de herramientas metodológicas, teóricas y administrativas para la visita a La Colifata, acá se realizaron diversas lecturas que permitieran fortificar el contenido teórico del objeto de estudio como de su contexto histórico. Para ello las referencias bibliográficas (libros, trabajos de investigación, tesis de grado, etc.) fueron centrales. La segunda, fue la investigación en campo: visitar radio La Colifata. La apuesta acá fue principalmente darle cabida a dos objetivos específicos: 1. acompañar los procesos alternativos que propone el proceso radial La Colifata; y, 2. analizar las dinámicas que se propician a través de estas estrategias de tratamiento así como las formas de resistencia. Esto

² El Borda es un hospital exclusivamente de hombres, por tanto, la referencia a los colifatos se hará en masculino y se utilizará el lenguaje inclusivo cuando se refiera a personas que se salgan del marco de ellos.

a través de conversaciones con las personas involucradas desde sus diferentes posiciones con la Radio y de claramente mi inmersión en la misma. Finalmente, la tercera y última etapa, consistió en la escritura del Trabajo de grado mediante la síntesis del producto de la revisión teórica y el ejercicio de campo, triangulando la información para el desarrollo de categorías analíticas.

Así pues, en el marco del último semestre de Antropología, cursado mediante un intercambio con la Universidad de Buenos Aires, se migró de la capital antioqueña a la ciudad porteña para vivir la experiencia académica en doble vía: intercambio y trabajo de campo. Con una idea consolidada y unos objetivos delimitados, se presentó este proyecto al Centro de Investigación de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia, el cual fue ganador de un apoyo económico que permitió solventar parte de los rubros para emprender el viaje.

Fue inspirador para el tópico como trabajo de grado el disco *Siempre fui Loco* de Manu Chao, fue la vía en que se conoció del proceso. Estando en Medellín, se visitó al Hospital Mental de Antioquia, porque inicialmente se pensaba un estudio comparativo entre este espacio y La Colifata. Estar allí, permitió conocer parte de la realidad que viven las personas denominadas con algún padecer psíquico en este lugar y sin dudas, potenciaron las ganas de conocer más a La Colifata, porque se creyó en su momento y se sigue creyendo ahora, que tiene mucho por enseñar a Colombia.

La Radio se reúne cada sábado, como se explicará adelante con más detalle. El primer sábado en la Gran Ciudad, se visitó el Hospital José Tiburcio Borda ubicado en el barrio Barracas. Este día no hubo Radio, sin embargo, estaban algunos colifatos que deambulaban por los jardines del Borda. Se recuerda con cariño al Rudo y a Federico, el primero, un interno de 24 años, que tiene por enseñar en este trabajo que la locura es no seguir la gramática social y cultural, como un lenguaje cifrado que desencaja, que desobedece, que no imita; es una suerte de contrahegemonía cultural. Es soltura, no hay tapujos, decir lo que se piensa. Él experimentaba una locura que era más consciente: planteó un recorrido por el Borda. El Borda es una institución neuropsiquiátrica para varones, las mujeres están en otro complejo

hospitalario. Es muy grande, con mucha zona verde, sin embargo, muy abandonada en su estructura e instalaciones. Los bloques están divididos por grado de complejidad de la condición mental del paciente. De Federico, se trae el *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, un regalo y el comprender que la ansiedad es un asunto que te hace comer los dedos, que un sujeto puede contener tanto desespero como amabilidad a la vez; que un mate y unas cuantas cajetillas de cigarrillos va siendo el calmante a este estado, o su incremento.

Después de ese sábado, mediados de marzo, vino la cuarentena obligatoria producto de la expansión del coronavirus a casi todos los países de Suramérica. De aquí en adelante, el vínculo con la Radio fue virtual a través de reuniones sabatinas y algunos encuentros entre semana. De los primeros encuentros, fue realmente emocionante escuchar la canción de ventanilla de La Colifata y escuchar a Mario, un colifato, conducir el programa con suma avidez. Así transcurrieron varios meses. A través de estos encuentros, el vínculo con los colifatos fue más seguido y cercano, y en consecuencia, se pudo posteriormente entablar contacto más directo: conversar más hondamente de su experiencia en la Radio. Se habló con el equipo terapéutico de la Radio, quienes rápida y amablemente brindaron material de estudio con respecto a la historia y el proceso. Acá se comprendió de mejor manera, que dentro del Borda han ocurren varios procesos artísticos y de acompañamiento con los internos, como es el caso del Frente de Artistas del Borda: surge la necesidad de conocer y hablar con personas de FAB para armar un mejor contexto de la historia de La Colifata.

Así pues, fueron constantes las reuniones tipo entrevistas con los colifatos, algunas enfermeras del Borda, la psiquiatra de la Radio, con personal de producción, todas estas personas iban permitiendo a través del diario de campo, armar las piezas de este puzzle investigativo. En paralelo, se incursionaban en el material documental: archivo, notas de prensa, libros, entrevistas grabadas, etc. que permitió preguntar por el pasado para llegar al presente.

Para atenuar la ausencia de presencialidad, la Radio produjo varios programas que se transmitían en el transcurso de la semana. Estos programas se realizaban en equipos entre colifatos y personas de la comunidad, como lo nominan. Esto como manera de fortalecer el puente entre el mundo *interno* y *externo*. Surgió un equipo con Julio Mesías Creativo, un *Genio*. Con él se elaboró: *¿Y vos qué sabés?* Un programa relacionado con las creencias y la

opinión que tiene la gente con respecto a un tema. Las reuniones fueron tres días a la semana con todo el equipo de producción, los colifatos e integrantes externos que conformaban alguno de los programas: el lunes era el día de estar al aire, el miércoles se balanceaba cómo estuvo el programa del lunes y el contenido del próximo, y el viernes se organizaba la producción del siguiente lunes. Bajo esta metodología se elaboraron varios programas, todos de un interés extraordinario. *Mesías Creativo* y la *Antropoloca*.

Es imposible no sentir el conocimiento y las herramientas que brinda los semestres de antropología, el paso por la Universidad, y en general la experiencia personal cuando se enfrente con un caso concreto de la realidad. Los programas al aire y los encuentros de cada sábado, con los temas que se llevaban, eran un espacio jugoso para hablar y poner un punto de vista, poner incluso a dialogar el contexto colombiano con el argentino, intercambiando pensamientos, puntos de vista, escuchando, aprendiendo, respetando y sobre todo desechando cualquier vicio de erudición que a veces el paso por la Academia deja en los investigadores. Estar y compartir con este proceso fue la manera de saber que existe posibilidad de “poner puentes donde hay muros” como dice el eslogan de la Radio, de generar redes de apoyo y amor frente a tanta exclusión.

Hay una categoría neurálgica que emergió en el trabajo de campo, no antes, sobre todo producto de inmersión en el mundo político de Buenos Aires-Argentina y su historia: la categoría de *clase*. Si bien no es eje de este análisis, podría serlo en una investigación posterior, fue central para comprender que la locura no es un fenómeno en abstracto, sino que recae de manera diferenciada y con particularidades en los sujetos de la clase trabajadora y sectores populares. Hay muchas personas que van al Borda porque simplemente no tienen donde vivir, porque son pobres, porque son de las provincias más vulneradas de Argentina y van allá en busca de techo y comida. Bastó escuchar a ciertos colifatos para saber que a muchas personas que habitan en el Borda fue la pobreza la que los llevó a la depresión y la depresión al psiquiátrico. Bastó con escuchar a las enfermeras decir que son conscientes de que si a un interno se le da de alta en el Borda lo espera un panorama económico desalentador por múltiples vías, porque para la mayoría de la población conseguir un trabajo con sueldo acorde al costo de vida es difícil en el marco del sistema capitalista, y porque la condición de opresión social producto del estigma hacia la locura, los ubica en un espectro lejano de ser

contratados en un puesto de trabajo formal. Por eso la Radio se convierte en ese lugar donde se sienten útiles, donde encuentran una razón de ser en el mundo, pero La Colifata tiene límites, que claramente en este trabajo enunciaré, empezando por su mismo financiamiento que es autónomo en gran medida, porque que ni el Estado, ni los diferentes gobiernos, han encontrado en este proyecto, un espacio fértil para potenciar.

I. OCÉANO

La situación liminar de la locura

La sociedad europea occidental mantuvo la forma de segregación y exclusión de lo mórbido desde el escenario en que la lepra tuvo lugar en la época clásica. La lepra como enfermedad fue la manera en que Dios castigó al ser humano por los males que había hecho en el mundo, así el abandono fue significativo de salvación y “la exclusión una forma distinta de comunión” (Foucault, 1986, p. 8). No obstante, su desaparición no produjo una anulación de la estructura social frente a la manera de concebir y tratar al enfermo, por el contrario, fue el fenómeno que ocupó su posición, siendo necesario un gran periodo de latencia para que este “nuevo azote” suscitase afanes de separación, de exclusión y de purificación. Hubo ciudades en donde la preocupación de la curación y de la exclusión se juntaban —se hace especial énfasis en Nuremberg, ciudad de la Alemania de la primera mitad del siglo XV—. La *Stutilfera Navis* o Nave de los locos, fue la manera en que se conoció los procesos migratorios que, mediante embarcaciones interciudades transportaban a las personas que socialmente eran tildados de locos. Esto fue un acontecimiento visto desde un racero cargado de valor ritual, ya que eran recurrentes los azotes públicos, así como la expulsión forzada cuando estos arribaban a las nuevas ciudades. De ahí, la mar, la navegación, el río de mil brazos, esa gran incertidumbre exterior a todo, fueron algunos de los símbolos que acompañaron la locura en esta época, por lo que, como dice Foucault, “El agua y la locura están unidas desde hace mucho tiempo en la imaginación del [ser humano] europeo” (1986, p. 12):

[...] El agua agrega la masa oscura de sus propios valores; ella lo lleva, pero hace algo más, lo purifica; además, la navegación libra al hombre a la incertidumbre de su suerte; cada uno queda entregado a su propio destino, pues cada viaje es, potencialmente, el último (Foucault, 1986, 12).

El loco de la época en mención se hallaba en una situación ‘liminar’ producto del valor simbólico que deriva de la segregación del interior y del exterior, de su ciudad de origen a una nueva, y de esta nueva a otra desconocida; este se encontraba en un umbral entre el encierro y el mundo externo. El loco es puesto, como dice Foucault, “en el interior del exterior, e inversamente” (p. 12), significación que seguirá acompañando su representación en la sociedad hasta nuestros días.

En la época renacentista es clave la aparición de una figura icónica conocida como el *grylle*, la cual, mediante una alusión satírica, representa una vocación espiritual: “Es la locura convertida en tentación”, en ella lo inhumano, lo fantástico, lo imposible, cobran un sentido particular. Todo lo que indica la presencia insensata contra-natura es justamente lo que dota a la locura de un extraño poder. ¿Cuál sería entonces ese poder de fascinación? Foucault comenta que fue justo a través de la representación contradictoria del loco donde el ser humano, por medio de esas figuras fantásticas, llega a uno de los secretos y una vocación de su misma naturaleza incomprensible: “La animalidad [que] ha escapado de la domesticación de los valores y símbolos humanos” (Foucault, 1986, p.18). En consecuencia, el juego de la razón y la sinrazón entran en el escenario: no hay locura si no es por referencia a una razón. La locura existe en un grado de relatividad con la razón, en la cual al salvarse una, se pierde la otra: “La razón inviste a la locura, la cierge, toma conciencia de ella y puede situarla” (Foucault, 1986, p. 28). Se presenta un cambio en los juicios de la moral que reflejan formas transparentes y dóciles, en donde es inevitable que no esté presente “el cortejo de la razón”.

En lo que respecta al mundo de principios del siglo XVII, el ámbito hospitalario toma su lugar con furor. Se conoce como el momento de *El gran encierro*, y es casi un retorno al silenciamiento de la época clásica (Foucault, 1986). Hay un encaminamiento de la duda cartesiana, de una racionalidad escindida del ‘alma’ donde será la luz del entendimiento la manera de comprender la experiencia humana. La locura se considera un peligro en el que el sujeto perdería su derecho a la verdad, pues se halla sujeta al ademán que la liga a la tierra del internado como su sitio natural. La condición de quienes son denominados «*los sinrazón*» es confiada a directores, quienes “ejercen sus poderes sobre aquellos individuos que caen bajo su jurisprudencia” (Foucault, 1986, p. 39). El advenimiento del Estado-Nación que trae consigo el Proyecto Moderno acarrea que la locura tenga tras de sí su legislación: “la policía”

—entendiéndolo desde un sentido disciplinario más que institucional— que se concibe a sí misma como un equivalente de la religión en la época clásica. El internamiento tiene un sentido preciso y un papel concreto en cuanto el hacer volver a la verdad por las vías de la coacción moral, esto es, “los libres discursos de la locura van a aparecer en la esclavitud de las pasiones [...] [Esta] no seguirá el libre camino de sus fantasías, sino la línea de coacción del corazón, de las pasiones y, finalmente, de la naturaleza humana (Foucault, 1986, p. 76). En este nuevo régimen de discursos no se dice menos, sino que se dice de otro modo; son otras personas las que enuncian, con otros sistemas de códigos, a partir de otros puntos de vista, esto con el fin, claramente, de obtener otros efectos.

Cuando la sociología contemporánea y más aún la etnología analizan ‘la estructura negativa de una sociedad’: lo que se rechaza, lo que se excluye, lo marginal, lo prohibido, las imposibilidades, se entiende el psiquiátrico como aquel lugar dónde condensar lo que la misma sociedad rechaza, lo que debe estar excluido, escondido. Los psiquiátricos funcionaron casi como cárceles con nombre de hospital “donde las gentes serán consideradas como enfermos y donde los médicos tendrán por tarea cuidarles y por misión sanarles” (Foucault, 1999, p. 77). Se buscó establecer un sistema de hospitalización encargado “de resituar en el mercado de trabajo [...] a los individuos de que sin duda se espera que solo de una manera temporal no puedan trabajar” (1999, p. 94). Este será un individuo al que se le deberá “curar”, al que se le deberá “reencausar”, “reintroducir” al circuito de trabajo ordinario, de trabajo obligatorio, de la vida rentable. Conforme a esto, con esta nueva figura del loco, acompañada del saber médico, emerge paralelamente un personaje que, dice Foucault, no había existido antes: el psiquiatra.

Esta manera de categorizar la realidad proviene de un fin estructurado que esconde en realidad un afán por segregar lo diferente y lo irreconocible dentro de los cánones imperativos de la razón moderna; es un intento por someter la vida entera al control absoluto del ser humano bajo la guía segura del conocimiento. Dicha razón se materializa en un proyecto constituido que se da a finales del siglo XVII e inicios del siglo XIX (Castro-Gómez, 2000), el cual ha buscado enmarcar, bajo leyes e identidades nacionales, los diferentes modos de ser y existir, mediante el afán de una invención de la ciudadanía plenamente programada, organizada y planeada a través de elementos ideológicos e

institucionales. Esto acarrió una suerte de comprensión del mundo en términos de inclusiones y exclusiones: quiénes estaban dentro del proyecto modernizador y quiénes, de ninguna manera, harían parte de esa nueva clase urbana. Así empieza a sortearse una lógica de “nosotros” y los “otros”, como pares de oposición producto de la herencia de la racionalidad bivalente cartesiana.

En este contexto, el corpus psiquiátrico surge como contraluz de lo nominado por él mismo como *la sinrazón*. Esta manifestación de lo humano se convirtió en una enfermedad y pasó a ser parte de la institución asilar: la locura como *perturbación mental* se convirtió en objeto de tratamiento por parte de la psiquiatría. En consecuencia, se da el advenimiento de la industria psicofarmacológica. La condición de la persona que tiene algún padecer psíquico se convierte en una imagen reposada en la paradoja, pues si bien es un extraño —en el sentido de la diferencia trazada entre su realidad y la realidad exterior— desde su posición, lidia con el peso de saberse parte de la misma sociedad que lo rechaza.

En el campo del deber ser moderno, el amasijo de incertidumbres y contradicciones que es pues lo humano, se verá enfrentado a responder al mundo social de manera lógica y coherente con los valores y las reglas pertinentes del lugar que habita; a mediar entre sus impulsos internos y demandas externas, a crear la suficiente consciencia para diferenciar y diferenciarse, regular y autorregularse, partiendo de una suerte de principios comunes establecidos que deben ser seguidos e incorporados. La pregunta por cómo comprender aquellas subjetividades que se escapan al ‘cause’ de lo racional, de lo convencional y reglamentario se vuelve una constante en el transcurso por estas letras. La suerte de arqueología de la anomalía que construye el pensador francés Michel Foucault (2000), permite analizar cómo la imagen de ese otro extraño ha estado situada en un espectro de minoría de edad, en una posición de quien no puede valerse por sí mismo, ya que su misma ‘inconsciencia’ imposibilita su lugar y determinación en el mundo. De este modo, la respuesta ha sido la implementación de una institución como la psiquiatría. Será prudente escudriñar las formas en las que alternamente se ha respondido a esta condición humana y cómo estas pueden significar una suerte de resistencia directa o indirecta a la misma institucionalidad. Pretendiendo dar cuenta de ello, se hará una aproximación al proceso de un caso latinoamericano en el que, a través de un dispositivo de comunicación radial, se

buscó generar una alternativa frente al proceso de normalización y tratamiento del padecer psíquico, convencionalmente psico-institucional.

II. OÍDOS Y LENGUA

El loco habla, la sociedad escucha

Albores de La Colifata

El Frente de Artistas del Borda (FAB) es un equipo conformado por militantes, psicólogos y artistas que reúne en espacios artísticos a los internos del neuropsiquiátrico de hombres José Tiburcio Borda, ubicado en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. “El Frente no tiene como objetivo curar a nadie, sino que busca comunicarse con el otro por medio del amor”, dice uno de sus coordinadores (Conversación personal, 27 de julio del 2020). Los caminos elegidos son la música, la pintura, la literatura y la comunicación. El Frente nace en 1984, en tiempos conocidos como *retorno de la democracia* o la *primavera democrática*, donde las censuras y las presiones producto de la dictadura cívico militar de Videla en Argentina (1976-1983) empezaban a atenuarse. Para la época, era común la creación de frentes de acción, sobre todo políticos y de tendencia a la izquierda. El FAB nace “con el objetivo de producir arte como herramienta de denuncia y transformación social desde artistas internados y externados en el Hospital Borda” (Sava, 2018, p. 12).

Este Frente propende por la *desmanicomialización* y lo hace implementando internaciones cortas, consensuando un tratamiento adecuado, garantizando un trabajo que, ante todo, busque recuperar los lazos sociales y familiares de los internados, y que ante todo estos preserven su identidad e individualidad, a modo de ofrecerles un lugar en la sociedad, un espacio en donde salgan del lugar de *desaparecidos sociales*. Según el FAB, la circulación social de los productos artísticos de los internados y externados tiene efectos a nivel subjetivo, institucional y social. El arte dentro de un trabajo grupal convoca en los creadores a forjar una identidad que permite enunciar sus insatisfacciones y deseos cotidianos, esto genera que dichas repercusiones puedan ser llevadas a nivel institucional, así sea a partir de las denuncias realizadas. El efecto social se da en el momento en que los creadores se muestran a la sociedad como productores de arte y no como enfermos mentales.

La Colifata empezó siete años después que el Frente de Artistas, siendo este tipo de iniciativas las que inspiraron a Alfredo Olivera, a crear la Radio. Había una experiencia

“antes de lo milicos”, esto es, antes de la Dictadura (1976) como dice uno de los coordinadores del FAB, llamada *La Peña Carlos Gardel*. Enrique Pichon-Rivière, un médico-psiquiatra argentino de origen suizo, fue la primera persona que introdujo la psicología social al país, específicamente a la ciudad de Buenos Aires. Posteriormente, su alumno Alfredo Mofatt fundó *Cooperanza* en 1971, un colectivo social autogestivo de Salud Mental Colectiva que funcionaba en el Hospital Borda. En 1976, cuando la fuerza militar toma el poder, estos procesos que venían emergiendo se esfumaron, se tuvo que dejar todo: se instauró la dictadura en el país.

La vuelta a marcha de *Cooperanza*, “Cooperativa de la esperanza”, de las manos de Alfredo Mofatt, intentó a través de diversos talleres unir a las personas en un proyecto común que propendiera porque los internos del Borda dejaran de ser tratados como *una simple historia clínica*: “El hospicio es como un pozo profundo en el que se entra rápido, pero del que es difícil salir porque sus paredes son resbalosas, como en la incompreensión o el abandono, no hay de donde agarrarse” (Mofatt En: *Cooperanza*, 2013). Es en este contexto, y como se dijo ya, y años más tarde que llega Alfredo Olivera como practicante de psicología al Borda y se encuentra con estos cimientos en el Borda. De esta raíz surge la propuesta radial. Actualmente estos procesos se mantienen, funcionan y activan dentro del Hospital, aunque independientes política y económicamente a él:

“El Frente de Artistas del Borda, *Cooperanza* y *La Colifata* que, aunque separados tienen fines similares, son procesos bienvenidos en el hospital” expresa una enfermera del Borda (Conversación personal, 28 de julio del 2020).

Nacimiento y desarrollo de La Colifata

En el seno de *Cooperanza*, y en cabeza de Alfredo Olivera, el 3 de agosto de 1991 nace La Colifata como radio sin antena.³ Olivera se preguntaba por la dimensión del afecto en el hospital: ¿hay amor en un manicomio? ¿Por qué hay personas que están tanto tiempo internadas? Para el momento, en el Borda confluían personas que provenían de múltiples provincias del país, era un hospital nacional. La pregunta fundamental era cómo crear un lugar para que aquellos que, ubicados como internos, se expresasen, un espacio donde orejas se sintiesen atraídas, cautivadas por lo que escuchaban. En esta aspiración se jugó más que una ciencia, un arte que aflorara la sensibilidad. La idea era crear algo que generase emociones en lo común para producir justamente la diferencia en el modo que cada persona tiene para expresar eso que vive; se habla de un reconocimiento propio en el otro o la otra (Olivera en una conversación colectiva, lunes 3 de agosto del 2020).

Así fue como el fundador y director, junto con algunos internos del Borda —que oscilaban entre los dieciocho a los setenta años—, se reunían cada sábado en el patio y discutían sobre diversos temas. Esas conversaciones se grababan, luego se editaban y posterior se difundían en formato de microprogramas a través de varias radios argentinas, públicas y privadas, con y sin fines de lucro. Estas emitían sistemáticamente los fragmentos (llegaron a ser sesenta las radios AM y FM que difundían La Colifata semanalmente); salían *pedacitos de voz* del Borda cada sábado. La retransmisión de los microprogramas hizo posible que oyentes se dispusieran a colaborar para que la Colifata tuviera su propia antena: su propio lugar en el éter. Américo, un oyente de la radio *FM Barrial* de San Miguel (Provincia de Buenos Aires) dijo lo siguiente recién arrancó La Colifata, y sus palabras se conmemoran en el Facebook de la Radio en el cumpleaños del 2020:

“Se presentó [Américo] un sábado en el Borda y dijo ‘Si ustedes son una radio, séanlo pues’, y regaló el primer transmisor de 1 Watt con una antena paraguíta fabricada por él mismo. Tenía tres perillas: una para un micrófono, la otra para un tocadiscos y la tercera para

³ Para ese momento La Colifata no tenía una estación radial: no tenía antena. Su contenido se reunía en dispositivos electrónicos de grabación y posterior este material era retransmitido en otras estaciones radiales.

una entrada de audio común; lo instalamos juntos y la antena la colgamos arriba de un árbol” (Facebook de La Colifata, 2018).

Mario, apodado "Galletita", miembro de La Colifata, fue el encargado de tantear el alcance de la antena con una radio portátil sintonizada en el 96.3. A través de señales corporales y acentos de escucha, Mario se desplazaba a distintos lugares del Hospital para deducir el alcance de la frecuencia de la antena. Se supo que el alcance eran doscientos metros a la redonda en espacios abiertos y menos en el interior del hospital, debido al grosor de los muros. Así fue durante más de un año. Posterior, gracias a Páez, un paciente que tenía las llaves de la terraza del Borda, se logró colocar la antena allá arriba. En la actualidad, la antena Colifata sigue allí, en la terraza del hospital José. T. Borda.

Surgió La Radio así frente a un estado de necesidad y carencia, y se transformó en potencia, en posibilidad de comunicación. La Colifata nace con un pequeño grabador de periodista. Los internos se reunían en una mesa, hablaban cada sábado de lo que quisiesen, ese caset luego migraba hacia otras localidades, posterior se ponía al aire en la FM comunitaria que lo recibiese. Esto generó desde el principio llamados telefónicos de los oyentes, el director grababa estos llamados y al siguiente sábado, la reunión comenzaba en posición de oyentes: se escuchaba ese llamado que venía de la sociedad. Se producía en los colifatos un fenómeno interesante, dice: sentirse escuchados por alguien que les respondía. Si se parte del hecho de que el encierro es la exclusión, la Colifata se posiciona como una alternativa para salir del hospital y conseguir, utilizando el espacio comunicacional, inserción social a la comunidad. Lo que permite a nivel social un proyecto como la Colifata, es no decirle a la gente cómo debe pensar sobre la locura, sino habilitar la posibilidad para que el oyente también tome la palabra, y cuando este toma la palabra cuenta qué le pasa en ese contacto con el otro o la otra, allí es justo donde se pueden escuchar las razones y las sinrazones de nuestras prácticas sociales que reproducen conductas de exclusión (Olivera en: Periodismo ciudadano, 2015).

En sus orígenes, La Colifata no contaba con apoyo político, ni con recursos económicos, ni con recursos técnicos. Su director dice haberse manejado con una idea muy básica: intentar crear un puente de comunicación entre los internos del hospital psiquiátrico y el resto de la sociedad. Rápidamente llegaron apoyos de parte de la comunidad de oyentes.

El técnico del club deportivo *San Lorenzo* y la *Fundación Ecológica Utopial* ayudaron con una importante donación a La Colifata para que pudieran construir su estudio, para que “los chicos de la radio pudieran trabajar mejor”. Los donantes manifestaron haberse interesado por el proyecto y considerar que les hace bien a los internos del Borda estar en compañía y que no los discriminen (Simón, 1999).

Con el ánimo de que la sociedad entienda que una persona ‘en locura’ no es un ser peligroso, que tiene una patología, que tiene una enfermedad, pero que puede curarse y que puede tratarse, se planteó La Radio como una *especie de cable a la vida social*. Aquella de quien su palabra solo se espera que marque error, de repente marca posibilidad de encuentro y de situaciones nuevas. Cuando se dio a conocer la experiencia de La Colifata, esta tuvo fuerte repercusión en el continente europeo, sobre todo en Francia e Italia, tanto así que en este último país se creó la *Radio Senza Muri*, la cual siguió el ejemplo de La Colifata y ahora otorga un espacio a las voces de “los gitanos, las asociaciones que luchan contra la mafia, los ‘locos’ y los inmigrantes, entre otros grupos marginados de Italia” (Sánchez, 2012, s.p).

La locura en el plano discursivo contemporáneo se halla, por un lado, enmarcada en una perspectiva plenamente clínica bajo tendencias nosológicas que pretenden categorizar el sufrimiento mental humano; pero por el otro, está la mirada que la entiende como una experiencia humana. Si bien ambas nociones no son excluyentes entre sí, la primera perspectiva responde sobre todo al tratamiento que se le da a la segunda. Entender la locura como experiencia humana que va más allá de las etiquetas clínicas, abre el espectro de posibilidades para atenderla como fenómeno que no solo implica el sujeto que presenta un padecimiento psíquico, sino que atañe toda una serie de relaciones sociales imbricadas en instituciones, concepciones culturales, sistemas simbólicos, juegos de racionalidades y relaciones de poder, intereses económicos, un cúmulo de variables que visibles o no, no se deben desconocer. En fin, cualquier experiencia está plenamente dotada de sentidos y significados que exigen tener en presente el tipo de valoración, desde las diferentes enunciaciones que se le da dependiendo de su función y su uso.

A los pocos años de creación de La Colifata, varios diarios del mundo sacaron notas periodísticas sobre ella. Aquí algunas: *Voices from the ‘loony bin’ demistify madness* en el

Bangkok Post de Tailandia (1996), *Loony Radio's Not So Crazy. It's Great Therapy* en New York Times (1996), *Crazy gang leads Argentina by ear* en Sunday Times de Inglaterra (1996), *Listen with the crazies* por Diario The Independent de Inglaterra (1997), *L' Argentine folle de la radio zinzin* en el Magazine L' Express de Francia (1997), *Die Spinner auf Sendung* en Diario Tagespiegel de Alemania (1997), *Saturdays are radio days for psychiatric patients in Argentina* en la Revista de divulgación científica The Lancet – EEUU (1998), *La micro thérapie* en la Revista Telerama de Francia (2002), etcétera. En 1999 nace en Alemania *Durchgeknallt*, otra versión de radio inspirada en La Colifata, con el objetivo de no hablar sobre la locura, sino dejar que ella hable por sí sola: “Ninguno de estos conductores honoríficos tiene experiencia en radio, pero todos conservan un objetivo en mente: hablar de sí mismos y educar a los ‘cuerdos’” dice Michaela Baetz, coordinadora del proyecto en *Contratapa* (1999).

Con un año de transmisión al aire, en uno de los recortes grabados de La Colifata transmitidos por *Radio Mitre*, se decía: “Hacemos periodismo para que salgan los trapitos al sol, para que la gente se entere en todo el mundo de las cosas que pasan acá, los desbarajustes y todo eso”. Para el momento, La Colifata era una radio itinerante, enviaba las grabaciones a las radios que le dieran lugar: “Somos como los palestinos, no tenemos tierra, pero llegamos a la gente a través de micros... [hay] una gran necesidad de ser escuchados afuera”, decía Alfredo Olivera en *La Maga*, (1992, s.p).

En el año 1998, a siete años de creación de La Radio, declara Alfredo Olivera en un periódico local del momento que la principal enfermedad que sufren los internos del Borda es el abandono. En esta vía el proceso radial pone el acento no en las patologías, sino en las personas que hay allí, pues ¿quién no necesita expresarse, recrearse, suturar sus vínculos sociales? Desde La Radio, esto fue y es lo que se intenta, sin lamentos, con ganas de crear y trabajar hacia afuera, porque si la comunidad no cambia su concepción, “nada puede servir”, decía Olivera. La Colifata ha participado en todos los congresos de DDHH y Salud Mental organizados por las Madres de Plaza de Mayo, en Argentina. El clásico de cada año era la transmisión abierta desde la Plaza del Congreso.

Fueron múltiples los espacios y actividades de conexión entre los internos del Borda que participaban de La Radio y la sociedad tras muros. A sus tres años y medio, La Colifata contaba con un taller de periodismo orientado hacia la promoción y resocialización de los pacientes que están internados. Producto de ello, se contaba con una sesión llamada *Multimedia colifato*, en la que los internos se comunicaban mes a mes con oyentes (La Imprenta, 1994). El 19 de diciembre del 2002, se realizó en la Ciudad de Buenos Aires un festival nominado *Noche solidaria* y organizado por los internos del hospital Borda que convocó aproximadamente 4000 personas. Este evento permitió varias cosas: reunir alimentos no perecederos para los barrios Ludueña y Toba que, debido al convulso ambiente económico y político de la Argentina de esos tiempos, se hallaban necesitando solidaridad social: “Muchachos, vamos a colaborar con la gente porque el gobierno no les da pelota. Recuerden que no hay futuro sin un presente digno”, decía un colifato en el evento; rendir homenaje a personas asesinadas por la policía nacional; y posibilitar que los colifatos compartieran con el público “anécdotas, escritos personales o algún recuerdo entrañable” (Aguilar, 2002).

En 2001 existía *Mundo Deportivo*, el programa que condujo durante más de cinco años Daniel López “El periodista que se formó en el Borda”, un colifato de origen español quien, con ayuda de La Radio, tuvo la oportunidad de viajar a su tierra natal y re-entablar vínculos familiares (Sigal, 2001). Para el año 2006 existía *El Living de Stellita* “La ‘locura’ que se mira por TV”, un ciclo de programas conducidos por Stellita, una mujer “sin techo”, pacientes y ex internos del hospital Borda. Este se producía a la intemperie en unas sillas y mesas del espacio público de la ciudad de Buenos Aires, pues si Stellita habitaba la calle, este debería ser su living (su sala de estar); este programa era emitido por el canal televisivo *Ciudad Abierta*.

El problema de la discriminación y el estigma a personas diagnosticadas de algún padecer psíquico es general, no se reduce a un área geográfica definida. Frente a esta realidad, La Radio entabla una estrecha relación con varios países de Europa, especialmente Francia, emprendiendo un viaje en el año 2004 para dar una charla en un psiquiátrico de este país. En el 2007 se da el *Primer Encuentro Mundial de Radios* organizado por LT22 Radio La Colifata, realizado con la intención de intercambiar experiencias de emisoras que tomaron

como modelo a este proyecto radial. Participaron de esta iniciativa Francia, Italia, Brasil, Uruguay, España, Chile y Suecia. La relación con Francia se sostuvo en el tiempo, y en el 2008, el equipo Colifata brindó un curso de capacitación para profesionales franceses que se habían interesado en el proceso, personas que pensaban que la radio y los medios de comunicación podrían ser un medio para integrar a quienes andan recorriendo circuitos de locura, que poco contacto tienen con seres humanos por fuera de ese modo de estar catalogados. De este proceso surgió *Radio Citrón* en el 2009.

III. TENSIÓN

Tiros, gases, represión y abandono en el Borda

Se resalta: Radio La Colifata es la primera radio en el mundo en transmitir desde un neuropsiquiátrico. La iniciativa emerge como una manera de expresar los diferentes matices de pensamiento que se hallan contenidos en la historia de vida de cada ser que habita el hospital a través de una producción de extensión de la emisora radial de frecuencia modulada denominada “LT22 Radio La Colifata”⁴. Esta manifestación responde a una necesidad por disminuir el estigma social hacia personas que han sido diagnosticadas de algún padecer psíquico, a la vez que propende por una sociedad que favorezca los procesos de creación y producción de autonomía de estas diferencias.

Hasta aquí bien. Pero no todo ha sido bonito. Se analizará un caso significativo donde el Estado, materializado en un gobierno de turno de derecha, demuestra la tesis del abandono estatal e incluso la intención de este por desaparecer lo público, en este caso la salud, para beneficiar al sector privado y sacar beneficio particular de ello. Sin embargo, aunque este tipo de intensivas se den de manera constante bajo gobiernos capitalistas, la gente en muchos casos resiste, da peleas, disputa el poder defendiendo lo ganado para que no sean arrebatado de manos privadas con ayuda del Estado.

Con el jefe de gobierno de la Capital en 2010, Mauricio Macri, plantea para este año un megaproyecto de unificación del complejo de unidades hospitalarias del sector: hospitales Moyano, Tobar, Udaondo, Ferrer y el Borda. Desde el discurso gubernamental se decía querer aplicar la Ley de Salud Mental a modo de negocio inmobiliario, se hablaba de la unificación de esos hospitales en un mismo terreno, readecuación del recurso humano y fusión de sectores. A la comunidad tanto hospitalaria, directamente implicada, como a la

⁴ Debe su nombre a la palabra ‘Colifato’, que en lunfardo significa loco querible. Lunfardo fue y es en ciertos casos, la jerga que se desarrolló sobre todo en las cárceles principalmente en Buenos Aires a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Tomó palabras de las lenguas que hablaban los inmigrantes recién llegados al Río de la Plata.

sociedad bonaerense en general, les surge la inquietud por saber qué pasaría con los pacientes si dicho proyecto se llevara a cabo, solo se decía que se ejecutaría una derivación a clínicas privadas o se acelerarían altas con la consiguiente descompensación.

El Hospital de Salud Mental José. T. Borda tiene más de 100 años de existencia, comprende más de 32 hectáreas en el barrio Barracas, al sur de la Capital Federal. *El Taller Protegido 19* fue creado desde el año 1984 con el objeto de ser un lugar donde los pacientes internados desarrollasen trabajos de carpintería, pinturería, herrería y armado de muebles. Los pacientes que perdían todo tipo de relaciones sociales podían ir allí y trabajar en conjunto con otros, aquellos que se encontraban en las condiciones para poder hacerlo, claro está. La idea era permitirles sentirse útiles, cosa que se hacía a modo de fortalecer las relaciones sociales que, producto del encierro y el mismo padecimiento, se encontraban resquebrajadas. De hecho, los muebles y productos que se producían en el taller iban a los hospitales de la Ciudad de, y eran usados efectivamente, potenciando la solidaridad y el trabajo en equipo.

El 28 de abril del 2013, desde las cinco de la mañana el Hospital Borda amaneció rodeado por la Policía Metropolitana y una constructora. La decisión gubernamental fue destruir con la más brutal fuerza policial *El Taller Protegido 19*, un espacio imprescindible para la rehabilitación de pacientes graves, ello a razón de edificar en este lugar un “Centro Cívico” para trasladar a los funcionarios administrativos de los cinco ministerios del ejecutivo de turno, tanto de la metrópolis como de la administración central. Una enfermera del hospital Garrahan narra que, a las 6 am del 26 de abril del 2013 entró la policía, cercó el espacio, lo tumbó abajo y lo destruyó. Las fuerzas policiales habían reprimido a los pacientes en el propio hospital: “La impotencia, el dolor, la bronca, era que las enfermeras del hospital traían a los pacientes porque los estaban reprimiendo, el paciente es lo que más se debe respetar. Así empezaron las escaramuzas con la policía hasta que a las 9 am ya había entrado la policía, los grupos especiales, tipo gendarmería, y empezaron a tirar gas pimienta, balas de goma” (Conversación personal, 26 de julio del 2020).

Dicho proyecto sigue vigente. En enero del 2020 hubo un nuevo intento de unificar el complejo hospitalario, pero esta vez de la mano del jefe de gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Horacio Rodríguez Larreta. Se realizaron diversas asambleas intergremiales en el

Hospital Borda, con presencia del personal del nosocomio, y también de juntas internas de otros hospitales, definiendo asambleas semanales conjuntas, cortes de calle luego de cada asamblea y organización para una gran movilización de toda la comunidad de salud mental y sus hospitales al Ministerio.

Para el calor del momento, organizaciones como El Frente de Artistas del Borda considera que la lucha contra la política privatista y destructora de la salud pública del macrismo, la movilización en la coyuntura en unidad con esas conducciones gremiales y profesionales no implica que su objetivo de mantener concepciones opuestas en relación a la estructura manicomial se plantee como objetivo estratégico de su accionar (Sava, 2012).

Producto de la movilización, las asambleas, los cortes de ruta y la resistencia, se logró impedir la puesta a cabo de dicho proyecto, sin embargo, el espacio aún sigue judicializado. Queda en la memoria de quienes vivenciaron ese día que la destrucción del taller fue un daño grande porque los pacientes se quedaron sin la terapia por parte de la institucionalidad. Es una cuestión que, aunque jurídica y política, también es social. Tanto es así que cada 26 de abril se conmemora este día como el Día Negro de la Salud Mental y se tiene un repudio generalizado frente a este accionar estatal: “No puede volver a pasar ni en el Hospital Borda, ni en ninguno” (Conversación personal, 26 de julio del 2020).

El politólogo Ulrich Brand (2012) comenta que muchas de las luchas y resistencias brotan desde las sociedades y no tan solo desde la institucionalidad como única instancia capaz de dar cierta continuidad a las nuevas relaciones de fuerza. Se toma esto para remarcar que la disputa por el poder no solo se da en el espacio electoral, como muchas veces se considera, de hecho, la real tensión surge en las calles, en los escenarios donde la gente cotidianamente se expresa y experimenta la vida, estos espacios se convierten en los escenarios de disputa, como lo es los jardines del Borda tanto el Día Negro, como cada sábado en que se reúne la Radio con los colifatos. El proceso que dio origen a la creación de radio La Colifata estuvo y se mantiene al margen de lo legalmente establecido y estipulado como cura del padecimiento psíquico —incluso como oposición a ello—, ya que abre un espectro de comprensión respecto a las relaciones de tensión que surgen entre lo institucional y los diferentes actores que conforman la sociedad.

Por ejemplo, a raíz de la disputa por el terreno del complejo de hospitales, se produjo todo un oleaje de resistencia cultural en el Hospital Borda que siguió después del 26 de abril, y que estaba desde antes. Radio La Colifata que, tras años de sesionar en el Borda, difundió, denunció y acompañó la situación al interior del hospital, este accionar le produjo un afianzamiento y legitimidad más fuerte en el hospital, no en la institución, pero sí ante la comunidad internada y externada, ganando simpatía y acompañamiento: “Recordaremos cómo la Colifata opuso palabras a balas. Ese día fue muy conmovedor para las personas que ya estaban acopladas al micrófono, le hicieron un lugar a médicos que estaban heridos... se hicieron espacios de alojo, quizá de resistencia” (Olivera en una conversación colectiva el lunes 3 de agosto del 2020). Más aún, La Radio, en compañía de otras organizaciones artísticas, “ponían música, bailaban, hacían recitales, tocaban instrumentos”, dice una enfermera del hospital (conversación personal, 26 de julio de 2020). Fueron varias las personas que, en el proceso de defensa del taller y la resistencia a dicha política, se sumaron desde entonces a los diversos espacios artísticos que trabajan en el Borda, como es el caso de Julio César Mesías Creativo, un escultor y actual colifato, quien narra su participación en este día y lo ocurrido después de ello:

“[Cuando] paró la policía hasta que se fueron, aplaudimos todos, [y fuimos] a una asamblea, gente de la Colifata, del Frente de Artistas... Se dijeron posturas de qué vamos a hacer, se organizó un festivalazo para reunirnos y seguir resistiendo, y a mí se me ocurrió: ‘El arte de la destrucción tiene que servir para construir’, yo vi los hierros [los del *Taller Protegido 19* que había destruido la policía] y dije ‘doblaremos el hierro de la impunidad’, así fuimos trayendo los hierros del desastre y construimos la obra. Los compañeros [los internos del Borda], iban a buscar los hierros, era como un laburo [trabajo] para ellos, estaban haciendo una actividad física, ellos con la pastilla no tenían una actividad física, ahí es donde entra la Colifata en mi vida” (Conversación Personal, 23 de julio de 2020).

Suaza y Martínez (2016) recuperan la idea de que el campo estatal es un constante terreno de fuerzas y tensiones que se “disputan, negocian y transan los proyectos de los agentes estatales con sectores sociales” (p. 68). Hay actores de la sociedad, que aunque no siempre representen un obstáculo para el accionar estatal, permiten comprender que, aunque haya instituciones, como la psiquiatría, que mantienen una hegemonía —al ser instituciones

formalmente constituidas y dotadas de garantías legítimas y legales para desplegar sus funciones, de acuerdo a leyes de salud mental, manuales de enfermedades y otra serie de dispositivos—, existen actores que, al igual, hacen uso de su autonomía para ejercer prácticas que no se rigen por lo formalmente instituido, y así sopesan desde otros lugares el problema que pareciera reducirse a lo institucional. A propósito, señala Foucault (1988, p. 9):

“No creo que el ‘Estado moderno’ deba considerarse como una entidad que se desarrolló por encima de los individuos, ignorando lo que son e incluso su propia existencia, sino por el contrario, una estructura muy sofisticada en la que pueden integrarse los individuos, con una condición: que esta individualidad adquiera una nueva forma y se vea sometida a un conjunto de mecanismos específicos”.

Se debe recordar que los internos del hospital Borda suelen ser personas que, además de sufrir el abandono familiar, padecen un abandono estatal: “No los visitan, no tienen ropa, son pacientes abandonados por la familia y por el Estado” (Conversación personal, 26 de julio del 2020). Cuando a esto se le suma la contada presencia del Estado a través de represión y aplicación de políticas económicas por encima del bienestar de los internos, y en general la salud pública, se dota de mayor sentido el rol de las organizaciones que, fuera de la institucionalidad, están en presencia comprendiendo y reconociendo los intereses de aquellos invisibles, de los internos. Es que, como dice Barukel (2013), no se podría comprender el fenómeno desanclado de toda una época, de toda una estructura y un andamiaje social, político y económico. Por el contrario, deberá hacerse en la imbricación permanente de la sociedad, su valores y modo de organización social, político y económico de la época en que se analice:

“Los nuevos rasgos culturales y sociales emergentes: la privatización creciente de la vida cotidiana, el aliento a un espíritu de competencia exacerbado, la salida individualista [...] las formas de representación de la locura (que deben complejizarse bajo una mirada clínica, está claro), no pueden comprenderse desligados de los cambios producidos en la manera de entender la sociabilidad de una época” (Barukel, 2013, p. 65).

Es por esto por lo que los actores de La Colifata proponen un tratamiento que le haga contrapeso a las soluciones unilaterales brindadas desde lo legalmente instituido y así

cambiar las prácticas desde un plano de la cotidianidad y lo experiencial. Frente a esto, Marc Abèles (2011) considera fundamental que la antropología se percate de que las prácticas y las expresiones de las gramáticas del poder tienen consigo una imbricación entre el poder, el ritual y los símbolos. Los actores no estatales y el Estado mismo están en una constante tensión que no necesariamente significa la anulación de una de las posiciones con respecto a la otra, incluso pueden verse imbricadas. La pelea por mantener el Borda y el complejo de hospitales intacto (sin el Taller Protegido que destruyeron, y que a falta de recursos no se ha podido rehacer) fue una victoria para las personas que lo defendieron y lo defienden, pero no significa la anulación de la política privatizadora y especuladora del Estado burgués. No lo anuló, no lo derrotó, solo frenó un proyecto, pero el Gobierno tiene miles más en lista y unos cientos más en marcha. La precarización a los trabajadores de salud del Borda y los demás hospitales públicos del país sigue y se incrementa, la desfinanciación es una constante de los gobiernos neoliberales, y con la pandemia producto del covid 19 toda esta lógica se agudizó.

IV. ALTERNATIVA

Cuidado y responsabilidad colectiva

En noviembre de 2016, La Colifata viaja al *Encuentro Internacional de Radios Colifas* en Moscú, Rusia. Dicho espacio, nominado *El hilo de Ariadna*, busca convocar estas iniciativas radiales que propenden posicionar el arte como alternativa al modelo manicomial mundial, a la vez que, como herramienta al servicio de la inclusión, de la terapia como forma de dignificar un colectivo de personas. Se parte de la idea de que al padecer psíquico se le ofrecen muros traducidos en encierro y en ese sentido es casi un imponderable la estigmatización de las personas que quedan allí dentro. Las radios colifas, que surgen inspiradas en el modelo terapéutico de La Colifata, conciben los medios de comunicación como medios de inclusión, de espacios saludables, que copian el modelo de La Colifata en distintos países del mundo, especialmente del continente europeo, y toman la radio como una herramienta terapéutica que cumple con los objetivos esperados: crear puentes donde hay muros, hacer que la palabra salga, que circule, que se expanda.

La Colifata se convierte en un espacio “de negociación, de contrato, de pugna por el sentido” (Mata, s.f., p. 4) donde la díada emisor/receptor; interno/externo; loco/normal adquiere otro valor, otra jerarquía, otra dimensión en el plano de lo cultural. El poder de la palabra del colifato abre un diálogo intersubjetivo con las personas que se encuentran en el canon de la sociabilidad consensuada. María Cristina Mata (s.f) enfatiza en que el lugar de los mensajes que se emiten a través de la radio forma parte de un contexto más amplio conocido como la cultura mediática, y visto desde esta perspectiva permite escudriñar que el proceso radial es, además, un espacio donde se constituyen tanto individualidades como colectividades producto del alcance variopinto de las interpretaciones. Se habla entonces de Radio La Colifata como una experiencia cultural que incluye mediaciones, espacios, formas, condiciones donde se producen nuevos discursos de la locura y donde estos a la vez se consumen por los oyentes. Actualmente el director y creador de La Colifata desarrolla *Colifata Francia* como formador de radios colifas y desde allí impulsa a la Radio en su versión francesa.

Rafael Huertas hace referencia al loco como un sujeto liberado de las imposiciones y ataduras sociales, al tiempo que es una persona que sufre enormemente, que “vive al borde de un abismo angustioso” (2014, s.p). El médico español, *transvalora* el término médico de *enfermedad* considerando que, cuando se concibe la locura en este sentido, se hace referencia netamente a la lesión orgánica y biológica. Se considera acá que la figura social del loco o la loca es la de quien no razona, no actúa en las formas establecidas y hegemónicas del hacer y del pensar. Esta idea hace que la relación jerárquica entre los internos y el personal sea casi como un imponderable, puesto que para los primeros se tiende a establecer una homogenización, un hábito que no resalta el valor subjetivo de cada individuo, sino por el contrario, lo neutralice y en casos lo extinga. En una institución neuropsiquiátrica contemporánea se busca establecer una “igualdad” entre todos quienes están dentro: desde el vestuario, el horario de comida y el contenido mismo de la comida, las habitaciones, las actividades establecidas, etc. esto genera una pérdida de la caja de herramientas identitaria, ese conjunto de valores, costumbres, creencias, experiencias, hábitos, maneras de ser y estar en la cotidianidad (Grimson, 2000).

Cada ser humano desempeña un rol, a partir de ellos se interactúa en sociedad donde dicho rol se presenta casi como una “segunda naturaleza”, esto es, ese llegar a ser *personas* en la esfera de lo social y de la interacción. Goffman (2006) dice que cada persona se vale de una *fachada* en dicha interacción. Esta la presenta como una dotación expresiva empleada intencional o inconscientemente por el individuo durante su actuación que pasa por la apariencia y los modales que este da porque esperan que sean dados. Hablando en términos de racionalidad psiquiátrica se espera que haya una coherencia en el orden de la apariencia, así como de los modales del interno.

En la medida en que el medio social establece categorías para generar un orden de “identidad social” en la cual los individuos se insertan en unas u otras de manera tal que mantengan el orden establecido y lo reproduzcan, se genera una suerte de *identidad social virtual* que está cargada de esencialismo y atributos estáticos y acabados que incluso pueden no corresponderse con la *identidad social real*. En este punto es menester recaer sobre el postulado de Clifford Geertz⁵, que es pertinente teóricamente en esta investigación,

⁵ Sobre todo, en el desarrollo que hizo en el libro *La Interpretación de las culturas* de 1973.

especialmente por la propuesta metodológica que propone. Él sostiene que, para analizar un caso de estudio desde un punto de vista antropológico, es necesario observar y experimentar las conductas humanas dentro del contexto cultural al cual pertenecen, siendo esto clave para comprender las manifestaciones, las expresiones simbólicas de cada grupo o sociedad determinada, estudiando desde las más claras y legibles, hasta las más profundas, esas en donde se encuentra la matriz de estos símbolos a los cuales habrá que identificarles el significado, sin tener en cuenta sus aspectos ontológicos. Esta definición semiótica de la cultura, a la que el autor entiende como trama de signos que el ser humano ha creado, se le propone un análisis que no incursiona en las normas o pautas, sino que interroga significaciones, yendo por el esclarecimiento de "una jerarquía estratificada de estructuras significativas" que permiten dar cuenta de lo que pretenden los actores en medio de determinadas circunstancias o contextos sociales.

Son estos atributos virtuales los que convierten al sujeto en alguien diferente, dependiente del grupo social que lo observe, generando un estigma tal que se reduzca a un sujeto diferente, etiqueta que usualmente se halla en una relación directa con la desventaja, el descrédito o la falla. De esta manera, un atributo que estigmatiza, a la vez que confirma la inserción del otro en un plano de la normalidad consentida por el grupo social genera un "efecto de sujeto subalterno" y sitúa a las personas en un orden de vida que podría considerarse, incluso, *inviabile* (Salas, 2017) en términos del despliegue de su proyecto de vida encauzado o sintonizado con el orden social establecido.

Se tomará el concepto de *institución total* ideado por el sociólogo Erving Goffman (2011) como ese lugar de residencia e incluso de trabajo, donde una suma considerable de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un periodo apreciable de tiempo, comparten en su reclusión una rutina constante que es administrada institucionalmente llevando a que su rol allí se restrinja a cumplir una función específica. Hay una significativa, en muchos casos definitiva, restricción del contacto con el mundo externo. Por ejemplo: no está en la misma situación quien experimenta la institución total como su lugar de trabajo, por un tiempo determinado, como quien la vive como su escenario vital y cotidiano. No está en la misma situación quien administra la institución total siendo externo a ella, sin conocer el mundo social diario del espacio. No está en la misma situación los entes burocráticos y del

Estado que dictaminan leyes sin conocer la realidad objetiva y subjetiva en materia de salud mental de un país. No está en la misma situación alguien que transita por fuera de la institución y tiene poco o nulo contacto con lo que sucede adentro. Acá hay matices, hay todo un espectro de grises que no se deben desconocer a la hora de analizar con hondura el fenómeno social. Para plantearlo, sin duda, se debe reconocer que la disputa por el poder está pleno, que esta situación genera un campo de lucha en donde múltiples actores se discuten sus posiciones, uno más que otros claramente, pues la incidencia de sus agentes estará plenamente determinada por el acceso a medios y fines diferenciados que estos tienen para transformar ese campo de fuerzas (Suaza & Martínez, 2016).

Preguntarse qué es la locura es entrar a un tema que no tiene fin, porque serán todos los intentos por comprenderla los que aportarán a que se abra cada vez más el espectro de preguntas sobre la misma. Aunque en este trabajo no corresponde comprenderla en sí misma, es tarea de otras disciplinas, acá interesa ver cómo el proceso de *La Colifata* genera efectos tanto en quienes emiten, como en quienes escuchan, interesa saber qué pasa en ese diálogo y qué relaciones culturales se tejen allí. Para este propósito, es apenas prudente, entonces, que quienes se dice que la padecen sean quienes hablen de ella, que lo digan de primera mano. Un entrevistado del documental de Carlos Larrondo *LT22 Radio La Colifata* (2007) dice que todos llevamos dentro un laberinto, la cuestión es que nunca sabemos cómo esta serie de caminos indescifrables se vaya a manifestar: “No sé qué es lo que realmente me pasa”. Menciona además que cuando estaba en El Borda, pensando que nunca iba a salir de allí, había olvidado la gente que tenía a su lado, sus vínculos, sus relaciones. Estaba, como dice, sacado de sí, y dice que fue esto el gran error que lo llevó a ese estado.

¿Qué funcionalidad ha tenido la Radio entonces? Un colifato lo expresó así:

“Tratar delante de un medio de tener una voz, que es lo esencial. De poder mostrar lo que pasa en nuestro aspecto, mostrar ese lado oscuro que tenemos cada uno. Ese lado oscuro que no sé si es de la luna o del sol, ese lado oscuro que es un laberinto, y cuando uno empieza a buscar ese laberinto y encuentra algo es como encontrar una luz” (Larrondo, 2007, s.p).

Los seres humanos nos constituimos en función de un otro que nos hace un lugar, y es bajo esta lógica que La Radio opera: para hacer amigos, para recuperar un lazo con lo externo, para establecer un vínculo social, y más aún, para verse implicado en ese ello: “Siempre recuerdo todos los cumpleaños, todos tienen un lugar en el recuerdo, en el aprecio, en el afecto, tiene que ver con la amistad, con el amor” (Encuentro lunes 3 de agosto de 2020). Desde lo fenomenológico, de la mera observación, el director de La Colifata dice que es notable la mejoría en términos de motivación, interés y ganas de hablar de los colifatos, sobre todo cuando estos están en espera de esa resonancia, se genera una consciencia de ser escuchados más allá de los muros.

En los años de experiencia de la Radio, Olivera dice que hablar, para los internos, es casi una necesidad que les brinda la capacidad de sentirse vivos, de conjugarse en la sociedad: “Nos puede sacar del aislamiento en que uno se encuentra acá. Cuando yo estaba enfermo no me quería enfrentar con la sociedad que te golpea, [por eso] te refugiás. Pero tenés que enfrentarte con la sociedad, enfrentarte con los problemas para superarlos” (Larrondo, 2007). La Radio opera como *producción* y *rescate* de subjetividad. Es una manera para que los colifatos hablen en nombre propio, que recuperen la dimensión de la responsabilidad con lo que se dice, pues es esta la manera como se constituye un sujeto: cuando se hace cargo de lo que dice y piensa:

“En La Colifata se puede hablar de política, de música, de la guerra en Irak, del proceso eleccionario en Argentina, [etcétera, etcétera] por lo tanto, es un espacio que en el intercambio de palabras se va construyendo un sentido y ese sentido es lo que va sosteniendo la existencia de cada uno de ellos. Este proceso ni es tan simple, ni es tan mágico, ni tan repentino, es resultado de un proceso lento donde ellos van hablando de las cosas, de la vida, porque es la vida lo que los está convocando” (Olivera en: Larrondo, 2007).

Justo en este punto, se hace enriquecedor incorporar en el análisis del fenómeno social que emerge en La Radio, las relaciones que se consolidan y la manera de construir este espacio, el concepto de *la ética del cuidado* que propone Carol Gilligan (1985), una psicóloga y filósofa estadounidense que propone la *ética del cuidado* desde una perspectiva feminista, entendiendo el cuidado como un asunto de responsabilidad social, y en este sentido, planteando con ello la búsqueda del bienestar de las personas. Su propuesta aboga por el

reconocimiento de historias particulares, por el cuidado, por el deseo de que el otro esté bien; por el reconocimiento de las diferencias y particularidades como matriz de las relaciones sociales y del juicio ético. En aras de contextualizar, se hará una breve explicación de cómo surge su propuesta y posterior recaer en la conjunción de *la ética del cuidado* con el estudio de caso de La Colifata.

La autora plantea su postulado teórico a manera de réplica del psicólogo Lawrence Kohlberg (1977), pionero en proponer una teoría que explicara la forma como los y las niñas en diferentes momentos de su desarrollo razonan sobre problemas morales. Kohlberg dividió el desarrollo moral humano en seis niveles, enunciando científicamente, con base en su observación comparativo por sexo-género, que las niñas habían alcanzado un desarrollo moral hasta el tercer nivel (el de los intereses, relaciones y conformidad en las reciprocidad humanas), mientras los varones de igual edad (11 años) habían desarrollado capacidades morales propias de los últimos niveles (etapa del cumplimiento social y de mantenimiento de la conciencia; acatamiento de derechos primarios y del contrato social o de la utilidad). Él interpretó estos resultados como una forma de flaqueza moral de la mujer, avalando y normalizando la opresión de género producto del sistema patriarcal.

Ahora bien, Gilligan hace una crítica hacía Kohlberg, al decir que su teoría difiere entre hombres y mujeres, que además olvida todo el contexto que tanto niñas y niños experimentan en la sociedad en que viven, y que avala con su investigación el sesgo machista y patriarcal histórico. La autora postula en contraposición que hay todo un contexto de presión ideológico que lleva a que los individuos asuman de manera diferenciada una elección moral, profundizado, sobre todo, por los valores y las concepciones culturales que les atraviesan, y que, en nuestra sociedad occidental, específicamente, son las mujeres quienes asumen mayoritariamente las tareas del cuidado impuestas por mandado social. En este sentido, en ellas cuando se trata de tomar una decisión moral, muchas veces se prevalece el bienestar y el cuidado del otro por encima del deseo individual; sin embargo, esto no implica que el individuo que abogue a este tipo de decisiones se encuentre en un nivel del desarrollo inferior por quien se pone en primer lugar; no se trata de una infantilización del sujeto, en este caso mayoritariamente mujeres, sino un código social que inclina a que sean generalmente las mujeres quienes tengan este racero a la hora de tomar decisiones. Ahora, si

bien es necesario una socialización de las tareas del cuidado, como el movimiento de mujeres y feminista ha enarbolado durante tantos años, esto no implica echar por la borda la *ética de la responsabilidad* que, como seres humanos, asumamos y nos impliquemos con el cuidado, que entendamos que es necesario comprender política, económica y socialmente el cuidado y responsabilidad como un asunto social y humano. Ya se explicará más hondamente la pertinencia de estos conceptos y se profundizará en la comprensión de la *ética del cuidado* de Gilligan para el estudio de caso concreto de Radio La Colifata.

Partiendo de la idea de generar una forma que permita poner en debate valores sobre cómo debe ser una ética que permita avanzar en el camino hacia una sociedad distinta, que plantee un diálogo abierto con teorías y posturas emancipatorias, que permee de un carácter colectivo problemas morales del orden de lo social, Gilligan (en Marín, 1993) plantea una caracterización de la ética de la justicia tradicional, que surge bajo los bastiones de la ética moderna ligada a la configuración, y en ese sentido, lucha ideológica, que estaba dando la clase ascendente del momento: la burguesía. Dicha ética está basada en la aplicación de principios morales abstractos sustentados en un formalismo y procedimentalismo que concibe al otro desde el plano de lo genérico, de lo que esta clase social concebía que era, pero desconociendo todo su contexto, su estilo de vida, sus necesidades concretas: en despojo de sus particularidades como individuo de una clase social específica, enarbolando la bandera de la imparcialidad y el no involucramiento. Esto significa que para emitir un juicio moral no es necesario conocer a profundidad los detalles sobre la situación en acontecimiento; es preciso no dejarse influir por la simpatía. El origen mismo de esta teoría moral moderna está ligada a la separación de la esfera pública y privada. Para esta ética es necesario concebir a las personas separadas e independientes de las relaciones sociales que las conforman: “La objetividad, la coincidencia necesaria en la solución, que se deriva del formalismo y del imparcialismo es sólo teórica, no se corresponde con lo que ocurre en la práctica” (p. 3). Y es que tiene toda una razón de ser, la burguesía como clase social siempre busca diferenciarse, y más que buscar, se diferencia por la brecha social, económica y política que genera con su clase social antagónica: el proletariado. Es consecuente y tiene una razón material que no haya una comprensión, que no haya un involucramiento, porque el antagonismo es tanto que divide la sociedad como nada más lo hace. Ahora bien, el funcionamiento de las instituciones que genera esta clase en el poder, se harán en torno a la línea ideológica dominante, y la

ideología que impere, siempre será la de la clase que esté en el poder, pues esta será la manera en que se pueda avalar, reproducir y prolongar esta lógica.

En contraposición, la *ética del cuidado* se caracteriza por partir de un juicio más contextual que posibilite una comprensión que no reduzca la solución a un problema desde lo genérico y prestablecido. Se habla de una ética que parta de la *responsabilidad* con las demás personas; una que busque responder y actuar cuando se necesita; que comprende el mundo como una red con un Yo inserto que reconoce sus responsabilidades con les demás, ocupándose, fundamentalmente, de todo aquello que se valore como moral y no solamente de lo reglamentariamente estipulado; una ética en donde lo público y lo privado sean esferas interdependientes.

No es el objeto enunciar acá que la teoría de Gilligan sea en sí misma la herramienta para derrumbar la división de clases, sin embargo, y sin duda, es consistente porque precisa a través de su estudio psicológico y analítico, que las estructuras sociales en sus diferentes esferas, determinan fuertemente el accionar y *la consciencia*, si se quiere entender en esos términos, de los sujetos. Rompe con el viejo debate *esencialista* e idealista de que por ser mujer, o por ser hombre, o poniendo cualesquier otra variable, se es de determinada manera, casi que por una fuerza inminente que brota del ser, que es lo que avalaba Kohlberg (1987).

La importancia del trabajo de Carol Gilligan (1985) para el análisis de esta investigación es entonces de un carácter fundamental y plenamente válido en dos sentidos. El primero: al concebir como una conexión entre el 'Yo' y 'los otros' mediante el concepto de *responsabilidad* expuesto por la autora, en la Radio la palabra del otro se dota de importancia, su lugar de enunciación vale, tiene sentido, es importante, merece ser conocido. Es necesario escuchar, saber la vida del otro, las variables que le atraviesan. Que el resto de la sociedad que no se encuentra en la misma situación, encuentre cuando le escucha los puntos de confluencia, los puntos de encuentro que les acercan, que les hacen ocupar cierto lugar en el mundo en común. Se hará de igual manera una aclaración primordial en este punto. Normalmente, en el intento de reivindicar las minorías que están excluidas, se usa el lenguaje de la denuncia, del *tomar conciencia de*, desde esta óptica generalmente son otros

quienes hablan por les excluides. Ahora bien, el quid del asunto radica en que la metodología simple de la Radio da un salto cualitativo a esta problemática, pues es una puesta en *práctica* para *desandar* el proceso de marginación que sufren los internos. No son otros les que hablan de locura desde su posición de saber-poder, son los mismos colifatos los que hablan de sí mismos. La forma está hecha para que esto sea así. El segundo sentido, radica en que la autora al plantear *el cuidado* desde una perspectiva de responsabilidad colectiva y no individualizada sugiere que el asunto de la *responsabilidad* sea de carácter social y en ese sentido de requerir ser *socializado*. Esto es muy importante porque permite ver los alcances, pero también las limitaciones de la Radio. Si bien La Colifata en su mundo interno (se hace referencia a sus objetivos, su funcionamiento, su razón de ser, etc.) reproduce esta lógica y tiene la repercusión que tiene gracias a este accionar disruptivos de lo convencionalmente creado para tratar las personas en condición psiquiátrica, no alcanza a ser sostenible en el tiempo en el modelo y el tipo de organización social que se tiene actualmente. Se quiere decir con esto que, por fuera del radar de incidencia y accionar de la Radio, la realidad no cambia mucho, sigue siendo de exclusión, de acallamiento, de opresión, de marginación para los colifatos. Nada garantiza, ni el mismo neuropsiquiátrico donde viven temporalmente, que esto sea diferente. Por el contrario, al ser una institución estatal, y en este sentido, con un estado burgués que rinde a sus intereses y a los del sector privado y financiero de la sociedad, deja en el abandono a los pacientes que allí residen, un abandono que va desde lo económico hasta la falta de proyectos políticos que pongan fin a esta lógica.

Nada más decir que quienes tomaron este proyecto como válido fueron los comunicadores sociales, les artistas que visitaban de manera externa el Borda. No fueron les funcionaries internes al mismo, no fueron les psicólogos, ni les psiquiatras vinculades, elles solo reproducían su trabajo; no fue el Estado que bajo un lineamiento solventara e impulsara iniciativas como la de Radio La Colifata, o el Frente de Artistas del Borda que también hacen presencia allí: “Yo creo que en el Borda hay cierta apatía de realizar ciertos tratamientos de recuperación” (Olivera en: Colifata, 2017). Se construyó entonces y de manera independiente al psiquiátrico, un método de abordaje de medios de comunicación en procesos de rehabilitación con el ánimo de generar espacios y hechos de salud. La Colifata permitía generar un pequeño proyecto de vida, hacerle un espacio para que el interno recuperase cierto interés por el presente, a través de una actividad concreta que ellos mismos organizan:

durante la semana preparan el material que van a desarrollar el sábado (Colifata, 2017). Con esto no se quiere afirmar que son los artistas o los comunicadores sociales quienes posean la luz emancipatoria para los internos del Borda, se quiere evidenciar el desinterés por la misma institución de postular como un asunto social la *ética del cuidado* y la *responsabilidad* por las personas que sufren producto de un padecer psíquico y/o se encuentran en situación de encierro y aislamiento.

La Colifata toca en el plano de lo afectivo, esto la hace ser un espacio *virgen*, un *buen espacio* para intentar realizar algo. Hay un alto nivel de implicancia de la gente que se inmiscuye; es que en La Colifata ofrecen los que se supone que carecen. Los seres humanos necesitamos emocionarnos y desde allí es justamente desde donde se construye esta alternativa; desde donde se intenta que los colifatos puedan tomar conciencia de sus capacidades, de que aún el “más delirante” tiene algo por aportar al mundo, y eso es valioso. Aquí lo que se plantea no es saber si tienen o no conciencia de enfermedad, es si toman conciencia de su capacidad.

En la medida en que la responsabilidad del cuidado incluye el yo singular y los otros plurales, genera un equilibrio entre el cuidado de sí y el cuidado a los demás. Se hace potente considerar lo que implica, lo que produce, lo que genera La Radio más allá del contenido material. Se habla de la posibilidad de que el colifato tome conciencia de su individualidad, se haga responsable de lo que emite. El vínculo y la construcción de este como un elemento central en La Radio, contrario a lo ocurrido en la institucionalidad psiquiátrica, donde por antonomasia se configura un sujeto con pocas posibilidades de desplegar vínculos afectivos con quienes confirman su entorno, sobre todo por las relaciones de poder dentro del neuropsiquiátrico.

Es bastante claro cuando Marín (1993), siguiendo la propuesta de Gilligan, plantea esta postura con la vida en términos del *ideal de autonomía* y *el contrato social* como una constitución de un ‘Yo’ masculino, que la sociedad no sería funcional, en términos de su reproducción, si todos siguiéramos este ideal de autonomía: despojo y desarraigo de los vínculos sociales. No es en vano entonces que se insista en la *responsabilidad* como un concepto central en la ética del cuidado, ya que el punto de partida de esta es justamente la conciencia que el sujeto adquiere cuando forma parte de una red de relaciones de

interdependencia, cuestión que pone en vilo el concepto de *reciprocidad* que se construye dentro del modelo económico, político y social capitalista, donde se da en la medida en que se recibe, en términos de intercambio entre equivalentes. En la ética del cuidado el dar y el recibir se dotan de otro sentido, se da en el contexto de las necesidades del otro. Marín (1993) dice: “Es fácil reconocer que esto es lo que se aplica en el ámbito de la familia y la amistad o el amor, pero lo importante es que no quede restringido a esos ámbitos y se incorpore a la sociedad y la política” (p. 6).

V. EL LOCO

¿Quién habla cuando habla el loco?

Uno de los elementos que exacerbaban el fenómeno de empatía que provoca La Colifata, según Olivera, es que dicha locura organizada, institucionalizada, esa que es transmitida por “los locos con carnet”, se ve contrastada por los que no poseen el carnet; por esa otra contraparte que nunca ha tenido la voz de la historia. Cuando el vehículo es la voz, cuando un loco es el protagonista de las palabras, se transgrede la figura jurídica y cultural que se tiene de esta personificación: esa que dice que estar en locura es estar alienado, en despojo de los derechos civiles, pues existe una plena incapacidad para ejercerlos.

Hay un elemento que la institución, y en general el andamiaje legal y hegemónico del tratamiento psiquiátrico posee: la capacidad de *nominar* a través de la creación de categorías de clasificación de los padecimientos psíquicos que buscan enmarcar la pluralidad con el objetivo de reducir la complejidad, para así facilitar la administración de las subjetividades (Gleizer, 1997). Cuestiona saber si existe la posibilidad de llegar a un acuerdo en torno al significado de los conceptos y prácticas que imprimen las categorías pre-establecidas con las nuevas que emergen producto de resistencias y nuevas concepciones. Plantea Salas (2018) que para que dicho consenso sea posible, se tendría que gozar de una relación de simetría entre los diferentes actores. Es menester analizar la teoría del poder desde una perspectiva que tenga en cuenta tanto la configuración de simbólicos humanos y el lugar del sujeto en este proceso.

Carlo Ginzburg (1999) parte de considerar que existe una *escasez* de testimonios sobre comportamientos y actitudes de las clases subalternas, en su caso de estudio, del pasado histórico, y que esto se plantea como un obstáculo con que tropiezan muchas investigaciones. Es central comprender la relación que plantea el autor entre la cultura de las clases subalternas y de las dominantes, con el fin de recuperar el *testimonio otro* que no es el dominante, que permita tener una actitud que no caiga en una extrañación absoluta, sino que escuche a esas otras voces que no han narrado la historia oficial. De su estudio sobre *el molinero del siglo XVI*, se resalta la postura frente a la tarea de no rechazar, sino reconstruir, no solo la

‘documentación’ de masas diversas, sino también de personalidades; de preocuparse por considerar que, aunque se reconozcan socialmente individualidades carentes de ‘relieve’ y en este sentido de representatividad, en estas puede escrutarse un *microcosmos* con las características de “todo un estrato social en un determinado período histórico” (1999, p. 9).

Cuando el loco habla, habla la cultura y su tiempo, por eso La Colifata se representa como un espejo donde la sociedad se puede ver: “Ellos son hablados por la cultura condensan en su discurso, situaciones o problemáticas sociales, desde este lugar es donde se funcionaliza la palabra de ellos” (Olivera en: Colifata, 2017). Por eso, El Borda es como un gran reservorio de lo simbólico, pero de la simbología social rota, quebrada; de aquella que contiene los desechos que no queremos ver y que por ende es puesta tras muros. Las matrices de relaciones sociales dentro de la institución reproducen los modos de relacionamiento cotidianos extra-asilares (por fuera del encierro), esas lógicas de sociabilidad soterradas. Esto abre el espectro para situarlas en la génesis de nuestras “insanidades humanas” (Olivera en: Colifata, 2017).

Ginzburg (1999) dice que, “de la cultura de la época y de la propia clase no hay nadie que escape, sino para entrar en el delirio y la falta de comunicación” (p. 10). El paso por esta idea se hace provechoso en la medida en que se comprende que, así como la lengua, la cultura ofrece al sujeto un horizonte de posibilidades en latencia, incluso de manifiesto, que lo articulan y le dan forma a su existencia, como una jaula invisible que, para unos es más flexible que para otros, en donde se ejercen dentro de sí libertades *condicionadas*. Esta es justamente la apuesta que hace La Radio con su lema: “Romper muros donde hay puentes”, expandir un poco la jaula cultural que inhibe el accionar de las personas rotuladas como “enfermas mentales”; posibilitar la voz y el compartir ideas y momentos a manera de despliegue del sujeto, su apropiación y representación de que lo que dice es importante, es escuchado, es retornado y tiene incidencia en alguien externo al Hospital; transgredir esos elementos inertes, oscuros, inconscientes de la narración de la vida y que por ende generan determinada visión del mundo.

Ahora bien, hay limitaciones y hay que evidenciarlas. Existe un problema claro con respecto a la rehabilitación en clave de reinserción social real. Al ser inexistente una política por parte del Estado para acompañar la rearticulación social de un interno que sale de una institución total, que suelen estar sumamente estigmatizadas. Cuando alguien es dado de alta

médica, es difícil continuar con el proceso emprendido por La Radio. Una vez la persona pasa fuera de los muros, queda indefensa, puede incluso volver a los lugares donde quizá se originó su dolencia. ¿Qué significa esto? La Colifata se convierte en un espacio de referencia afectiva y de identidad que, aunque ayude a reconstruir el mundo interno del sujeto —siendo esto una bondad—, no se puede obviar que también cuesta en ocasiones que el sujeto se reconozca a sí mismo más allá de la experiencia de la Radio:

“Una persona quizá encuentra su lugar en el mundo desde el ser locutor o conductor de programa en La Colifata y desde ese lugar obtiene reconocimiento social. Después sale y deja de ser locutor o conductor de La Colifata y pasa a ser un ‘ex-interno del Borda’ y ese es otro lugar muy distinto, acá no tiene ningún tipo de reconocimiento [de hecho es un gran estigma]” (Olivera en: El Colifata, 1999).

Esto incluso ocurre dentro de los muros. Hay que ver el proceso sin inocencias y reconociendo sus puntos de llegada, ¿qué pasan los días que no hay Colifata? ¿Cómo es la cotidianidad de un interno? Dice una enfermera del Borda, quien transcurre significativo tiempo con los internos que, la Radio, el FAB y en general los espacios de arte son bastante positivos: “Yo los escucho bailar, opinar, hablar de política... Es muy beneficioso, el problema es que no existe una articulación, son como cosas sueltas. Cuando están las organizaciones sociales se genera mucho contacto con la gente de afuera y con los que están adentro, se arman cosas lindas... pero bueno, termina, las personas quedan adentro y vuelven a la rutina” (Conversación personal, 28 de julio del 2020). Esto contando que incluso no todos los internos simpatizan con La Radio y demás procesos, hay quienes catalogan esto como ruido o bullicio. Hay personas que no asisten, ya sea “porque dicen que ahí hablan boludeses”, porque no poseen la capacidad de expresarse verbalmente, porque hay “muchacha gente” o simplemente porque no cuentan con las ganas o la capacidad de tomar el micrófono y exponerse.

La cuestión se complejiza cuando, más allá del señalamiento y el abandono sobre las personas con algún padecimiento psíquico, que bien se podría nominar de tipo cultural e

histórico, se da un abandono estatal de orden político y económico, en esto se insiste las veces que sea necesario. Cuando una persona sale del Borda, ¿a dónde va? ¿Existen garantías laborales allí fuera del muro psiquiátrico? ¿Cómo solventará su existencia material luego?

“En el sistema económico en el que vivimos, cuesta mucho mucho vivir. Hablamos además de personas adultas, que ya no tienen familia. No hay respuestas desde lo comunitario. La mayor parte del presupuesto va al hospital y no hay nada para afuera. Si alguien va a buscar trabajo, pues estuvo internado. El sistema busca sujetos productivos. Vos [sujeto internado en un mental] no servís para el sistema capitalista” (enfermera del Borda en una conversación personal, 28 de julio del 2020).

Siguiendo al sociólogo Erving Goffman (2011), toda institución absorbe parte del tiempo, de los intereses, de la rutina de sus miembros y les proporciona, en cierto modo, un mundo propio ajeno del exterior. Una institución mental es a su vez una institución total que se encuentra representada a través de los obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior, presentándose casi como un éxodo de los miembros. Una de las características de los individuos que se encuentran dentro de una institución total, es que lleguen al establecimiento con una ‘cultura de presentación’ derivada de un ‘mundo habitual’ previo al ingreso a la institución, claramente hay un estilo de vida y una rutina de actividades que se dan por supuestas. El que ahora será un ‘interno’ presentaba un marco de referencia más amplio, una interacción con el mundo externo a diferencia del que le brindará la institución, pre-existía un *entorno de sociabilidad* en el cual se podía confirmar una concepción tolerable de su yo. Cuando ingrese, ocurriría lo que Goffman denomina una *muerte civil*.

Se hace apenas necesario reconocer y despojar a la locura de varios tipos de romanticismo que tienden a caer en absolutismos. La psiquiatría ha tenido la palabra, el discurso científico que sustenta su accionar, y aunque no se hablará de ella en términos de efectividad, su accionar tiene incidencia tan solo en un espectro del fenómeno. Y en este espectro determinado también se encuentra La Colifata, solo que situado en otras dimensiones del sujeto. De la siguiente manera lo expresa una enfermera del hospital Borda:

“Yo desde el lado de la enfermería creo que esas instancias son importantes, que tengan [los internos del hospital] esos espacios de libre expresión, para mí está buenísimo, pero resuelve el momento, después la locura tiene otras cosas: personas que no tienen dónde vivir... La Colifata es una instancia más, pero no resuelve. [La locura dentro del hospital se mueve] en una monotonía enfermiza, siempre lo mismo y nada se regenera. Pero tampoco es que el psiquiatra lo resuelve. Es todo un conjunto interseccional. Los medios de comunicación siempre están buenos... Las radios siempre son buenas...” (Conversación personal, 28 de julio del 2020).

¿Y cómo lo solucionamos? Claramente se ahonda acá en la esfera del poder. Al ser inexistentes políticas públicas que brinden una respuesta efectiva a los sectores más despojados y oprimidos de la sociedad, es difícil contener y responder eficazmente al problema central. El Borda es un hospital de pobres, público, en donde llegan personas de todo el país, y muchas de ellas, no necesariamente ingresan por padeceres psíquicos, sino por situación de despojo material en todo el sentido del término, y encuentran en la institución un lugar para vivir o para comer. Por eso, se considera que, si no se condensa la voluntad política y se construye un organismo de poder estatal que responda a los intereses del sector oprimido y explotado de la sociedad, será difícil responder con sensatez y eficacia a los problemas que atañen a la sociedad. Lo más seguro es que cuando un colifato sale del Borda no experimenta una vida digna, una que no lo excluya laboralmente, ni culturalmente, ni de ninguna forma.

VI. COLABORACIÓN

Autogestión, dinero y financiamiento

Radio La Colifata hace parte de un proyecto más general que es la *Asociación Civil de Salud Mental y Comunicación La Colifata*. Esto es un intento de abordar medios de comunicación para generar lo que se llama “Espacios de salud”. Su principal característica es que quienes toman la palabra en nombre propio son justamente quienes se encuentran afectados. El contacto y la comunicación que se genera con la sociedad abre la posibilidad de un trabajo terapéutico en doble vía: con los colifatos y con el freno del estigma que tiene la sociedad frente al fenómeno de la locura.

Para el año 2012, en Argentina eran casi inexistentes los espacios de salud mental que desarrollasen talleres de radio. La Colifata se ha financiado principalmente con dinero del exterior, principalmente de la *Academia Nacional de Artes y Ciencias* de Francia. Dicho ingreso representaba casi el 85% del presupuesto anual de la *Asociación Civil La Colifata*. Debido a las diversas crisis internacionales, dicha ayuda fue cortándose hasta tender a cero. El gobierno de la República Argentina representaba, para el momento, el 10% del dinero anual, manifestado a través de una pauta que llegaba del Gobierno de la ciudad. Dicha pauta se interrumpe al comenzar el 2011, sumándose, posterior a esta clausura, una ayuda del gobierno nacional a partir de dos vías: un pequeño ingreso que mantenía el 20% del sostenimiento mensual de La Radio, y un subsidio a la compra de equipamientos que permitía desarrollar *el gran sueño de la Colifata*: “La posibilidad de transmitir las 24 horas, los 365 días del año, que vaya sumando espacios en vivo, y que eso permita por un lado ser una vía que genere autosustentabilidad” (Olivera en: Perfil, 2012).

Hay personas que cobran por pertenecer a la Colifata, es un subsidio, una suerte de trámite administrativo. La Colifata, al ser una organización de salud mental, está inserta en una red de relaciones que hacen trabajo clínico mediante el establecimiento de lazos y redes con otros profesionales. “El financiamiento marca los ciclos de actividades, cuando no hubo en los últimos años, se reduce a lo mínimo, cuando sale, sea del Ministerio de Desarrollo

Social o de organizaciones no gubernamentales, se reestructuran las actividades”, dice la psiquiatra del equipo de proyectos en una conversación personal el 23 de julio del 2020.

En el marco de la pandemia, a pesar de las conexiones endeble y el precario acceso a teléfonos o medio de comunicación con que cuentan la mayoría de los internos del Borda, se armó una red de ayuda que busca garantizar la participación de los pacientes en La Radio, para que se pueda seguir con las transmisiones de los sábados y sumar emisiones varios días de la semana en la FM 100.3. La Colifata puso a disposición de todo el Hospital su antena para sintonizar La Radio sin internet, se donaron unas cuantas radios para los internos en el hospital Borda y, además, se estableció de libre acceso el wifi de La Colifata, servicio que en realidad debería brindar el Estado. En esta época de confinamiento se hizo fundamental garantizar el acceso a la comunicación a personas que estaban sufriendo un doble encierro, el aislamiento institucional y la cuarentena. ¿Cuál es la propuesta para afrontar esto? Se encaró una campaña de solidaridad con la invitación de escuchas para que *inunden de afecto el Borda* a través mensajes vía WhatsApp o redes sociales, la idea es transmitir dicha información a los que están internados e infiltrar “cariño en zonas consagradas al olvido y el abandono” (Olivera en Sarmiento, 2020).

La sesión del sábado dura aproximadamente desde las 15 hrs hasta las 20 hrs. Este lapso se encuentra dividido por bloques temáticos que van a depender tanto de los programas a presentar como de la recepción telefónica que se hace desde La Radio a algunos internos o externos. Entre bloque y bloque hay una cortina de música de aproximadamente 15 minutos. Por lo general la primera canción de la cortina es elegida por la persona que condujo el programa o por le invitade que se llamó: “¿Vos con qué tema te querés despedir?” En el mismo espacio, se organiza la manera en que se presentará el programa, quién abre, quién cierra.

El aporte entonces de La Colifata en esta cuarentena extendida es poner en acción una respuesta creativa y de encuentro en la constitución de un nuevo afuera compartido, que ayude a transitar este período complicado de un modo colectivo, ligado a los proyectos y a la creación (Olivera en: Sarmiento, 2020). Otra iniciativa que impulsó La Colifata durante la cuarentena fue el *Grupo de Proyectos*, que consiste en la construcción de una serie de programas entre los colifatos y personas de la sociedad fuera del Borda. Aparte del

funcionamiento en el Hospital Neuropsiquiátrico José T. Borda (frenado ahora por el confinamiento, pero trasladado a las casas de los locutores), La Radio tiene un estudio profesional en la sede de Villa Ortúzar, uno de los barrios de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, desde donde se busca ir poblando de programas su frecuencia de 100.3 Mhz. Estas iniciativas se abren a la comunidad con una condición, no económica: para que alguien de la sociedad, que no ha tenido relación con padecimientos psíquicos, tenga un programa en vivo, debe confluir con las personas que van saliendo de la psiquiatría.

El funcionamiento actual es de la siguiente manera: cada sábado se generan los espacios habituales de encuentro, se proponen temas y se conversa entorno a ellos, esto que ocurría en los jardines del Borda, es transformado en encuentros a través de una plataforma virtual. Los sábados se reúnen entre diez a quince personas: locutores y presentadores, internos y exinternos del Borda, la locutora principal encargada de dar entrada y cierre al programa y generar los cortes de aire con cortinas musicales, a veces está el director, Alfredo, y personas de la comunidad que quieran sumarse: estudiantes, historiadores, personas de otras radios —que están sumando experiencia o bien retransmitiendo la sesión, como es el caso de *Radio Dimensión*, que suelen difundir diferentes procesos artísticos, como dicen, vía online. Esto significa que hay ocasiones en que La Colifata de los sábados es transmitida por tres canales diferentes: la propia estación FM, otra radio amiga y en Francia, donde está, vive y trabaja su director—, familiares de internos del Borda que quieren enviar mensajes, etcétera.

Lo primero: la cortina (música): “Rompiendo muros desde el Borda. LT22 Radio La Colifata”. Normalmente abre Mario Maneiro, “locutor, presentador y columnista de Radio La Colifata. 20 años en El Borda, 15 años en la radio, parrillero profesional”, como se autodenomina. Lo segundo: cada persona se presenta brevemente exponiendo lo que quiera compartir de sí. Lo tercero: se da inicio con el primer programa. Un programa consiste en la elaboración de un tema libre, pero de concisa exposición, enmarcado en el estilo temático del programa. Una vez le o les presentadores del programa termina su exposición, se abre la ronda de debate, preguntas o comentarios.

Los originales encuentros son los de los sábados en la tarde, *originales* con especial énfasis: es el *día colifata*. Tanto es así que, cuando se estaba reconstruyendo la escultura

producto de la destrucción del *Taller Protegido 19*, se dice lo característico del día: “Los sábados, cuando tomábamos las medidas para la escultura, estaba La Colifata, era nuestra música inspiradora, toda la semana no teníamos música, los sábados sí” (Conversación personal, 23 de julio de 2020). Retomando, ¿qué pasa los sábados, entonces? Es sorprendente la exposición temática que cada conductor del programa traiga, no hay cabida a una planeación de la respuesta. Se da puesta en común de lo que cada uno considere en el momento. Igual, tampoco es un imponderable, no implica que no haya planeación en ninguna ocasión. Se conoce la temática en la medida que se aborde el contenido del programa, si se participa en modalidad no de conducción, sino de debate y encuentro, esto da paso más a la espontaneidad. ¿De qué se habla? De lo que sea. Algunos ejemplos: caso de Mike Tyson, boxeador acusado por violación, censura de la obra y diferenciación del autor, ¿se debe valorar la obra por separado de quien la produce? ¿Se debe juzgar a Tyson por su acción machista o solo valorarlo por el famoso trabajo en el boxeo? Apropiación colectiva de una obra, del día de la tierra, de la pandemia, de Charles Chaplin, de si nos acostumbraremos a la virtualidad. Está *Un mundo ideal*, el programa de José Bando, *Arte y locura social* de Julio César Mesías Creativo, *El triángulo político* de Mario Maneiro, por citar algunos casos.

Los lunes por la mañana hay una sesión y emisión al aire de varios programas. Actualmente se transmiten los siguientes: *El consultorio de Romi*, acerca de valores y reflexiones tipo consultorio psicológico; *Algo para dar*, programa musical; *Y vos qué sabés*, programa de creencias; *Melómanos*, se habla de música también; y *¿Existe el amor?* Estos son los espacios que surgen a partir de la relación de colifatos con la comunidad, en donde participan personas de ambos sectores: habitantes del Borda y habitantes fuera del Borda. La metodología del espacio se divide de la siguiente manera: los miércoles se habilita una plataforma virtual de conectividad libre, se suma quien desee y propone un proyecto temático cualquiera (siempre y cuando cuente con la presencia de personas que llevan proceso psiquiátrico). En este día se define, en coordinación de un comunicador social y una psiquiatra, la propuesta y el abordaje que tendrá el programa, que no debe durar más de media hora, aunque no es un tiempo estricto. Este día se invita a los colifatos para que hablen, participen, opinen de las propuestas, se piensa qué personas pueden aportar en el tema, se organiza temáticamente, en las redes se ponen las propuestas para que surjan réplicas de los oyentes, se traen ideas al espacio, se proponen habilidades musicales, etcétera. En concreto,

se colectiviza la propuesta individual y se busca colaborar en todas y cada una. Se trabaja bajo el principio: “Que entre todo y que nadie quede afuera”. El viernes siguiente es producción. Se realiza un encuentro cerrado entre quienes ya previamente presentaron y construyeron la propuesta de programa. Acá se definen las minucias de estos: a quiénes se va a invitar, qué música tendrá el programa, qué tema se abordará, de qué manera. El comunicador social y locutor apoya y acompaña los programas: recortando la música, ayudando a contactar personas para entrevistas o haciendo sugerencias. La psiquiatra del equipo acompaña las sesiones y en paralelo a las personas que lo necesitan, sobre todo cuando se desatan malentendidos o complicaciones en los equipos de trabajo.

Entre las llamadas telefónicas que se realizan, se les pregunta a los colifatos cómo están, cómo la están pasando. Algunas respuestas: “Me siento muy depresivo sin la radio, sin la Colifata”; “Extraño los abrazos, los besos, la visita de los amigos”; “Hacer cuarentena es recordar cosas feas del pasado”; “Me estoy comiendo la cabeza en la cuarentena”; “La cuarentena me volvió más depresivo, estoy con las pastillas del padre Trotta”. Detrás de las sesiones semanales que son al aire, hay un acompañamiento de psiquiatras y psicólogas que conforman la Asociación Colifata. Igualmente, cuando se está al aire, suelen llegar mensajes, sobre todo con frases de solidaridad y ánimo para los internos: “No es lo mismo que vernos y escucharnos, pero nos sentimos cerquita”; “Ya vamos a volver a La Colifata”. ¿Y qué han respondido? “Es grato una llamada que brinde amor, con eso la persona se levanta, a mí me levanta el ánimo”; “Yo creo que las personas que están solas deberían tener a alguien que los acompañe así sea por el teléfono”; “Gracias a todos por los mensajes” (sábado 18 de julio del 2020).

En este punto se hace interesante recuperar el concepto de *Procomún colaborativo* acuñado por Rifkin (2014), donde se plantea que, debido a los accesos y alcances en materia tecnológica con que cuenta la humanidad actualmente, se genera un medio de organización de la sociedad en donde el funcionamiento no precede netamente del mercado capitalista y el Estado para que exista. El *procomún contemporáneo* es un espacio en donde las personas participan en los aspectos más sociales de la vida a través de organizaciones de autogestión, asociaciones benéficas, artísticas, culturales, cooperativas, etc. que se mantienen y existen con independencia, total o en gran parte, de recursos estatales.

La Asociación Civil Colifata se propone invertir los recursos que obtiene de las ayudas de los diferentes organismos en programas de intervención, apuntando, además, a ser un proyecto de inclusión económica para las personas que van logrando salir de la internación. Esto se piensa a través de la conformación de equipos mixtos entre periodistas y personas que logran salir, pues se parte de un problema concreto: es difícil que todo el peso recaiga en pocas espaldas, hace falta más gente en funciones de producción. En el lapso de 2007 a 2009 hubo un significativo nivel de desarrollo de la Asociación, se fortaleció el equipo de psiquiatras, psicólogos y comunicadores, ello gracias a que se destinó el 20% de los ingresos a la investigación (Olivera en: Perfil, 2012). Esto es calificado por el director como un avance maravilloso que, aunque es pleno orgullo del equipo Colifata, da lástima que por ausencia de recursos pueda frenarse. La Colifata, al ser una organización autogestionada y autofinanciada, sus proyectos, alcances y actividades están en directa relación con el dinero que le ingrese, es su combustible de acción.

“Yo imagino una Colifata consolidada como proyecto, tranquila desde el punto de vista económico, como para poder desarrollar el costado de la investigación: creación de herramientas que permitan medir impactos y evaluar procesos. La Colifata es un fenómeno social lo suficientemente interesante para poder extraer conocimiento de allí” Alfredo Olivera en: (Periodismo ciudadano, 2015).

Es preciso resaltar aquí el planteo de Rifkin (2014), cuando hace mención al éxito de lo *procumún* en la historia del ser humano, partiendo de las condiciones políticas por las que tuvo origen que, aunque con el devenir del sistema capitalista que poco a poco fue cercando, acotando, delimitando y privatizando, dice Rifkin se conserva “el espíritu de compartir”. Si bien no es el objeto ahondar en materia económica propiamente, es pertinente resaltar la lógica del funcionamiento de producción de la Radio y los actores implicados, lo que genera en términos colectivos y subjetivos. Con La Colifata se propende visibilizar y dismantelar estas voces que se encuentran acalladas por el maremágnum de ataques de la legalidad y legitimidad política, social y cultural de quienes, en el ejercicio de su poder, imponen control directo sobre sus vidas. Según sus emisores, manifestar y compartir la locura por medio de la Radio se convierte en una manera de recuperar la historia singular y colectiva que los une, es una forma de reconocerse desde su condición particular y poder hacer de ella un modo de

transformación social: “Yo tengo la gran intriga de saber, si debo curarme o debo hacer en mí mismo la revolución justificando mi propia locura” (Manu Chao & Radio La Colifata, 2002).

“Si el mercado capitalista se basa en el interés personal y está impulsado por el beneficio material, el procomún social está motivado por el interés colaborativo y lo impulsa un deseo profundo de conectar y compartir con los demás” (Rifkin, 2014, s.p).

Una de las características de la Colifata es que hay proyectos por ejecutar de manera constante. Uno de ellos es que deje de ser una *radio de locos* exclusivamente y se incorpore a la población en general, a quienes no están en la institución psiquiátrica. Esto mediante sedes radiales externas al Borda, que en estas salgan programas autónomos que puedan transmitirse además en otras emisoras. Es una suerte de construir cada vez más el proyecto original de La Colifata: acercarse a la comunidad a través de la comunicación, de la radio.

Es interesante hacer coincidir el interés que mueve al director de la Asociación Civil Colifata con los valores que movilizan la lógica operativa del *procomún colaborativo* (Rifkin, 2014): acceso universal e inclusión al contenido producido, cualidades estas esenciales para generar y cultivar ‘capital social’ en la sociedad civil. Aunque más interesante es aún plantear críticamente que este tipo de procesos no son un cambio significativo a la estructura económica del sistema capitalista actual. La Colifata no representa un proyecto que busque la emancipación de la humanidad. Más aún, no se sale del modelo establecido. Es que no se debe perder de vista que el mismo Rifkin menciona que, aunque habláramos de la nueva era del *colaborismo*, este modelo termina siendo asimilado por un mercado capitalista “más humano y eficiente”, según él. Incluso, no niega el inmenso poder y el enorme alcance del sistema capitalista en términos actuales, lo que hace incuestionable que este tipo de modelos irrumpen y en este sentido posibiliten un mundo donde el capital desempeñe un papel significativamente menor que el actual.

El sistema capitalista tal como lo experimentamos hoy se caracteriza por llevar cada aspecto de la vida humana al ámbito económico para transformarlo en una mercancía que se intercambie en el mercado como una propiedad, tanto es así que “pocos aspectos de la vida humana se han librado de esta transformación” (Rifkin, 2014, s.p). Estamos en una realidad

en donde prácticamente todos los aspectos de la vida humana están relacionados de alguna manera con intercambios comerciales.

Sin embargo, irresponsable y hondamente irrespetuoso sería acusar de vano el trabajo de la Radio. Por ejemplo, para el 2015 y antes de que se iniciara el confinamiento social obligatorio producto de la pandemia, a mediados de marzo del 2020, se reunían en los jardines del Borda cerca de 80 personas: 45 internos o ex-internos aproximadamente y el resto oyentes, visitantes, amigos, familiares, periodistas, gente de la comunidad que tan solo iban a hacer acto de presencia y no a participar. Se considera con seguridad que más de veinte años de trabajo de la Radio y la réplica de esta en muchos lugares del mundo, dice algo: el problema del estigma social de la locura y del padecimiento mental, no están agotados, necesitan seguir siendo abordados, y resulta ser que los medios de comunicación, en este caso el radial, son una herramienta altamente útil: en potencial para ello.

VII. RESISTENCIA

Alternativa frente a la normalización

El proceso que emprenden los colifatos, si bien se entiende como un mecanismo para hacerle frente a la férrea institución psiquiátrica que ha comprendido, en su esencialidad, el padecer psíquico desde un ámbito netamente clínico, no es un proceso que se reduzca tan solo al accionar de sus emisores, sino que, por el contrario, contiene múltiples actores que lo conforman. La Radio, al ser pensada como una canal de comunicación de naturaleza masiva para la transmisión (difusión) de contenidos, es concebida como un medio tecnológico que, además de requerir y admitir determinados códigos de contenidos en un conjunto de mensajes pensados por los emisores, está dirigida a producir ciertos efectos en los oyentes, según sean los intereses y los objetivos de los emisores (Mata, s.f). En este sentido, La Colifata hace uso de la radio como una expresión que permite difundir la idea de un contenido específico de su interés, el cual está cargado de significados donde les oyentes entran a jugar un rol fundamental manifestado a través de gustos y efectos que dan cuenta de la recepción, e incluso reflexión, del mensaje que se pretende transmitir desde los jardines del Borda (lugar donde se ubican) hasta el campo social externo a él. La Radio como canal de comunicación es un poderoso medio que, al privilegiar la argumentación, posibilita la construcción de argumentos y el debate de ideas (Mata, s.f). Esta forma de comunicación se convierte a la vez en una práctica significativa de sentido, puesto que, más allá de ser un producto material, es una herramienta para la emisión de pensamiento que pretende reconstruir el uso del lenguaje, a manera de “modificar la idea de que los internos psiquiátricos son gente peligrosa, mejora[ndo] la comprensión del problema del sufrimiento psíquico” (Oliveira en PROMO Film, 2003). Según esta perspectiva, los códigos que se transmiten son en sí mismos discursos que generan nuevos campos en la configuración de sentidos, y a la vez, los receptores actualizarán algunos de los posibles efectos (Mata, s.f.). Tanto emisores como receptores cumplen la misma función de producción de sentido aun cuando ocupen lugares disímiles dentro del proceso.

Clifford Geertz (2003) se refiere a las estructuras culturales como un sistema de símbolos o complejo de símbolos, haciendo hincapié en que su importancia radica en que este hecho es una fuente extrínseca de información, está fuera de las fronteras orgánicas del individuo y se encuentra en el mundo intersubjetivo que se comparte en la comprensión del mundo de una sociedad. Se entiende que el ser humano depende profundamente de símbolos y de sistemas simbólicos para que su existencia sea viable, como una manera de afrontar el caos que le genera un sentimiento de insondable angustia, ya que lo desconocido representa la incompreensión, el misterio. Además, se da cuenta de lo imperativo del lenguaje como una manera en que el grupo de individuos conserva su función comunicativa (Elias, 1994); también cómo el presupuesto de la homogeneidad del significante y lo significado, en alusión de la función simbólica que hace que nazca de la imposibilidad del ser humano de limitarse al sentido propio de las cosas. Esto implica una mirada crítica, una revisión constante de las relaciones que se entretajan en relación con el fenómeno de la locura y la implicación de los múltiples actores, mencionados previamente, no en el sentido de invocar el progreso de racionalización en general, sino de analizar las racionalidades específicas en que la sociedad opera, en este caso, la manera en que normaliza y parametriza la locura.

En este punto, se propone distinguir entre relaciones de poder y las relaciones de comunicación que transmiten una información por un medio simbólico, teniendo en cuenta que la producción y circulación de elementos de significado son consecuencia de ciertos efectos de poder. Estos tipos de relaciones se apoyan mutuamente y se utilizan como instrumentos: *El poder solo existe en acto* (Foucault, 1988) aunque esté apoyado sobre estructuras que permanecen a través del tiempo; estas pasan por un sistema de diferenciaciones que posibilitan establecer relaciones jerárquicas y de dominación que a su vez mantienen posiciones diferenciadas a través de ciertas formas de institucionalización. Así, la mixtura entre símbolo, poder y locura recae plenamente en un campo *sociocultural* que se está significando y resignificando constantemente, pues “entre la cultura y la personalidad yace un cuerpo socializado que no deja de comunicar” (Galindo, 2015, p. 13). Entre el nominado loco, su subjetividad, su representación social e individual y el campo cultural en el que está inmerso se da un orden de la interacción mediada por un ámbito de sociabilidad que presenta estructuras propias y que hace uso de reglas y conocimientos prácticos que permiten mantener el orden de interacción. Teniendo en cuenta que la realidad

no es algo dado, sino que se somete bajo un marco de interpretación que la dota de sentido, los actores juegan un papel clave en este orden de interpretación; los actos de interacción en el orden de lo social presentan una pugna entre la imagen de sí y el rol que debe desempeñar. Plantea Goffman (2006) que constantemente en la interacción social se está dando una fractura entre ser y hacer, una distancia del rol cuando un individuo es estigmatizado y rechazado.

Foucault (1988) propone ahondar estas relaciones a través de un enfrentamiento con las estrategias de resistencia y los intentos de oposición, de lucha contra la autoridad. Partiendo de que en las luchas *contrahegemónicas* no se busca el “enemigo principal”, sino el “enemigo inmediato”, son luchas que cuestionan el estatus del individuo, donde se sostiene el derecho a ser diferentes y a subrayar los elementos de su individualidad. En últimas, se lucha contra los privilegios del saber, cuestionando el modo como circula y funciona *el régime du savoir* (Foucault, 1988). Así, se ataca esa forma de poder que se ejerce en la cotidianidad inmediata que implica la resignificación de la categorización donde se inserta la individualidad que deriva de la imposición de la ley de verdad.

Se retomará en este punto el planteo teórico de Negri y Hard en *Imperio* (2000), no porque se comparta ideológicamente su postura, sino porque hay un punto específicamente útil para comprender mejor el accionar, sostenimiento y funcionamiento de La Colifata. Para llegar a este punto que se enuncia, se expondrá a groso modo su propuesta general. Los autores hacen hincapié en que uno de los aspectos más importantes en que pueden emerger instancias concretas de confrontación, en términos de lucha de clases, entre la *Multitud* y el *Imperio*, en sus palabras, tiene que ver con el sentido del lenguaje y la comunicación. Según comprenden la categoría *Imperio*, plantean que, durante las últimas décadas, sobre todo con el declive de los regímenes coloniales y la caída de las barreras soviéticas que obstaculizaban a su medida el mercado capitalista mundial, la globalización expresada en los intercambios económicos y culturales ha sido irreversible. Expresan que el mercado y los circuitos globales de producción, han devenido en un nuevo orden, una nueva lógica y estructura de mando, generando en consecuencia, nuevas formas de soberanía. En este sentido, contemplan *el Imperio* como ese sujeto político que regula de manera efectiva estos cambios globales: “El poder soberano que gobierna al mundo” (p. 6). El pasaje de *Imperio* se comprende entonces

como una nueva soberanía que, en contraste con el *imperialismo*, no ejerce un centro territorial de poder con fronteras fijas y nacionales, sino que se plantea como “un aparato de mando descentrado y desterritorializado que incorpora progresivamente a todo el reino global dentro de sus fronteras abiertas y expansivas” (p. 6).

En este orden de ideas, Negri y Hard (2000) afirman que la globalización de la producción capitalista y el intercambio ha generado que las relaciones económicas sean cada vez más autónomas de los controles políticos, y que esta ha sido razón para el declive progresivo de la soberanía política de los Estados-naciones: “La soberanía ha tomado una nueva forma, compuesta por una serie de organismos nacionales y supranacionales unidos bajo una única lógica de mando. Esta nueva forma global de soberanía es lo que llamamos *Imperio*. (p. 4)”, basados en esta hipótesis creen que las transformaciones contemporáneas, los controles políticos, las funciones del Estado y los mecanismos regulatorios dirigen tanto la producción económica y social, como el intercambio que experimenta la humanidad actualmente.

Multitud como concepto no está explícitamente definido en el libro —posterior Antonio Negri publicará: *Multitud: guerra y democracia en la era del imperio* (2000) donde profundiza en esta categoría—, sin embargo, los autores enfatizan en que a medida en que la riqueza tiende cada vez más hacia lo denominado *producción biopolítica*: producción de la misma vida social, donde las diferentes expresiones de la realidad se superponen y se permean entre sí; emerge una clase global que, a diferencia de la clase obrera industrial, ya no desempeña un papel hegemónico en la economía global, sino la nominada *producción biopolítica*, aquella donde los trabajadores ya no producen tan solo bienes materiales en el sentido económico, sino que su producción se inmiscuye en todas las facetas de la vida cultural, social, económica y política. Según ellos, no existen ya silenciosas *masas oprimidas*, sino un nuevo sujeto que forma una *multitud* espontánea capaz de forjar una alternativa democrática: “Las fuerzas creativas de la *multitud* que sostienen al Imperio son también capaces de construir un contra-Imperio, una organización política alternativa de los flujos e intercambios globales” (p. 7).

Con esto sobre la mesa, Negri y Hard (2000) prosiguen en que, la comunicación, al estar siendo, crecientemente, el tejido de la producción, se convierte en la estructura de la

corporalidad productiva, generadora y poseedora del sentido y significado lingüístico, lo que genera que las redes de comunicación se vuelvan una cuestión central para la lucha política y es este justamente el aspecto fundamental que se mencionaba, porque es útil para comprender la implicancia de la subjetividad en la labor viviente de quien realiza el acto, en este caso de los colifatos cuando se inmiscuyen en el espacio que genera La Radio. Cuando los autores exponen los medios colectivos de constitución de un nuevo mundo, hablan de la conexión entre el poder de la vida y su organización política, donde las esferas humanas de lo económico, político y social *morán* juntas: están en plena interrelación.

Para ellos, el conocimiento y la comunicación deberán volverse *acción lingüística*, “constituir la vida mediante la lucha [...] [la Multitud deberá] desarrollar los aparatos que unen la comunicación con los modos de vida” (Negri y Hard, 2000, p. 350). Si bien no se rotula a los actores de La Radio como proletarios, ni siquiera como *nuevo proletariado*, sí se reconocen como parte interna de una producción colectiva, que no se expresa en términos de producción de capital, pero que se genera como un agente autónomo de producción que está llamado a construir colectivamente la historia basada en su experiencia: “La construcción de la historia es, en este sentido, la construcción de la vida de la multitud” (2000, p. 351).

Ahora, si bien es claro que La Colifata toca aspectos del orden cultural, que hace uso de un medio masivo de comunicación, eje de análisis de la presente investigación, no quiebra el orden de funcionamiento político y económico de la sociedad, por el contrario, lo padece, porque simplemente no es un proyecto que represente fertilidad económica en el marco del sistema capitalista. Por tanto, cuando Negri y Hard (2000) expresan que la *multitud* puede representar una alternativa democrática, idea que es plenamente cierta, caen en una suerte de inocencia abstracta por no tener en consideración un factor tan central como la organización y la construcción colectiva y democrática de un proyecto político que dispute la concentración de poder concreto y localizado en manos de una minoría social.

Así como el movimiento autónomo que define el espacio propio de la multitud, según los autores, La Radio se ha planteado sin barreras, extendiéndose y replicándose rápida y principalmente en el continente europeo y con algunas incidencias de esta en América. Acá es importante rescatar la idea de Negri y Hard (2000) cuando se cuestionan la manera en que

la *Multitud*, para este caso la comunidad Colifata, se organiza y concentra la energía y en esta medida confronta las acciones del Imperio que impiden su despliegue. En este punto, se hace fundamental situar la categoría de *resistencia*, sobre todo cuando se habla de esta como la manera de hacerle frente a la normalización psiquiátrica contemporánea que ejercen un control directo por medio de un ejercicio de poder y la Institución que se plantea como la única dadora, posibilitadora y legalmente instaurada para dar soluciones al padecimiento psíquico.

Acá se hace importante comprender la implicancia de la Colifata en la vida de quienes en ella se desenvuelven, sea desde el plano de emisores, locutores, productores, o en general el equipo de producción y reproducción de La Radio. Cuando el concepto de *trabajo* elaborado por los autores ya no se restringe al lugar de la fábrica en sí, este se hace cada vez más difícil de sostener en términos de determinarlo como *jornada laboral*. Es en este sentido que, separar el tiempo de producción del de reproducción e incluso el de ocio en La Radio se desdibuja, porque en este caso particular hay, por un lado, un alto nivel de involucramiento, y por el otro, ella sesiona en el mismo lugar donde viven los colifatos, además de que los jardines del hospital no es per se símbolo de espacio laboral. Al hablar de un trabajo que se expresa en términos inmateriales, intelectuales, si se quiere incluso, haciendo referencia al contenido de producción de las sesiones de grabación, para las personas que la misma Asociación Colifata remunera. En este sentido, entre el tiempo laboral y el tiempo de ocio desaparece la línea que los mantenía finamente delimitados y separados.

La concepción de *resistencia* que plantea el director de la Radio, Olivera parte de lo siguiente: quien tiene acceso al micrófono tiene el poder con la palabra. Según Olivera, estamos en tiempos en que se intenta abordar el conocimiento desde lógicas múltiples. Para él, no es operativo pensar la función de La Colifata como *resistencia* asociada a la pugna de la correlación de fuerzas. Considera que dicha lógica binaria remite a la idea de lo hegemónico, por lo tanto, habría que crear una fuerza contrahegemónica que difícilmente alteraría el estado de las cosas: “Quizá en nuestro arte hemos tenido que pensarnos no alternativos, sino alterativos”, que cambian las características, la esencia de una cosa (dice el director en una conversación colectiva el lunes 3 de agosto del 2020). ¿Qué pasa si se opera bajo esta lógica, según Olivera? Que esta termina siendo dadora de la identidad antagónica

de ese otro. La Colifata es una creación política en la medida en que abre conexiones, espacios de diálogo entre seres humanos. Es claro que no se habla de este proyecto como una revolución en términos marxistas, ni mucho menos, es un proyecto que transforma realidades subjetivas fundamentalmente que, al no tener un proyecto político socialista de fondo, no opera en el cambio de la realidad objetiva del presente sistema capitalista. Sin embargo, mientras el deseo esté insatisfecho e irrealizable, quedará y será motor de muchas acciones más: “La resistencia está unida inmediatamente con una inversión constitutiva en la esfera biopolítica y con la formación de aparatos cooperativos de producción y comunidad” (Negri & Hard, 2000, p. 357).

X. CULTURA Y LOCURA

Consideraciones finales

Será preciso analizar el tema de la locura, las miradas que esta ha tenido, el tratamiento, la irritación del medio frente al fenómeno, desde una posición crítica procurando depurar juicios de valor que entorpezcan o polaricen la mirada de este fenómeno complejo y estigmatizado a lo largo del tiempo. Para ello, es clave el análisis que presente Cristina Sacristán (2009), cuando invita a hacer una lectura de la concepción del manicomio atravesada por una serie de procesos históricos y sociales que lo dotan de un sentido según la época. La lucha por el nacimiento del manicomio estuvo movilizadora bajo la idea de luchar justamente con el férreo tratamiento que se le daba a la locura en la época clásica, donde los locos no se diferenciaban de los delincuentes, de los inválidos, de los enfermos, por ende, surge un movimiento con ‘espíritu humanitario’ que pretendía precisamente reformar esta idea social de concebir la locura y dirigir la ciencia del momento a un trato diferenciador, estos personajes eran conocidos como los *alienistas*. ¿Se conserva la misma idea liberadora de curación y reintegración que en su momento caracterizó el manicomio como institución?, ¿se defendería hoy? Hay procesos que solo se pueden deducir y analizar con el pasar de los años, donde el bagaje de la experiencia se hable a sí misma, donde la narrativa histórica permita escudriñar qué se toma, qué se deja, tener siempre presente el dinamismo que caracteriza el mundo social, las lógicas cambiantes son siempre móviles. Es menester que la antropología se pregunte por las razones que hacen que en nuestra sociedad tratemos de una u otra forma la locura de la manera en que lo hacemos, por la manera en que la cultura se enfrenta a responder a ello, los mecanismos que crea, qué avala, qué defiende, qué reproduce y qué resiste. Se reitera, hay algo que se mantiene en el devenir de la historia de la locura: un profundo estigma que ha recaído sobre ella a lo largo del tiempo: ¿por qué?

Con La Colifata, la locura no es el medio, sino el fin. Cuando la cordillera del lenguaje es muy alta no permite que traspasen las palabras de un lado a otro, las vuelca todas hacia adentro. Cuando la intensidad de este rebote es lo suficientemente fuerte como para condensar en su contenido la eternidad, se hace insoportable y explota dentro del sujeto en muerte, exceso, ausencia de bordes, incapacidad para diferenciar una cosa de otra. Un ser

humano es portante de su ayer, de sus otros, de la humanidad, y cuando todo ello se concreta a la vez, puede aniquilar. Así interpreta Alfredo Olivera a la locura en la celebración de los 29 años de La Colifata (Conversación colectiva 3 de agosto del 2020). Un ser humano necesita de los demás seres humanos. Lo que se aprende, lo que se es, cómo se constituye ese bagaje de experiencias, todo ello implica el contacto directo o indirecto con el otro. Dicho tacto pasa por el reconocimiento de la existencia con quien se dialoga o a quien se escucha, verse incluso en lo que porta y conforma, pero si nadie se reconoce en el loco, este no alcanza a ocupar el lugar de sus semejantes (Cruz, 2010). Ver la psiquiatría como institucionalidad que trate el volcán de palabras que conlleva un sujeto, conocer que, según el creador de la Radio, hace casi treinta años atrás el abandono en el que se sumían los internos del Borda del momento con el abandono actual no son muy diferentes, hace pensar que la posición en que quedan estas personas es en el lugar del desecho, “es como un basurero social”, ¿y qué hacemos con esto?

La Colifata entra a posicionarse entonces como un puente que permite el paso de algo de ese volcán de palabras al otro lado de la cordillera. Son palabras en comunicación efectiva: cuando hay un retorno de las ideas por parte de otro diferente a quien la enuncia, se genera lo común, la semejanza, el distinguirse más allá de los propios límites. ¿Qué hacen las palabras cuando se externalizan del pensamiento y se comparten? El psicoanálisis dice: “La cura por la palabra”. Un colifato dice: “Yo creo que cuando uno habla por micrófono pierde las inhibiciones, empieza a ser más sociable, a tenerse más confianza, y es curativo” (Conversación personal, 23 de julio del 2020).

La locura está en un plano de la incompreensión por el proceso sistemático del acallamiento. Un colifato dice que esta es como un idioma que no reconocemos, y al saberse extraño y forastero, hay un sistema que lo reprime (Conversación personal, 23 de julio del 2020). Sin embargo, con certidumbre se reconoce que eso que llamamos locura, que parece misteriosa y atractiva, es también un padecimiento psíquico que necesita acompañamiento y ayuda para buscar trascender el sufrimiento que genera. Aquí la pregunta fundamental es ¿de qué manera se acompaña? ¿Cómo se hace? ¿Con qué herramientas? ¿Estigmatizando? ¿Silenciando? ¿Encerrando? La Radio que, sin pretender curar a nadie —no está diseñada con ese fin— posibilita el medio para que quienes se encuentran bajo el rótulo de la

enfermedad mental se expresen y en la medida que lo hagan, se diezme el estigma y el señalamiento; es que es muy difícil que la sociedad conozca realmente lo que pasa al interior de una *institución total* como son los hospitales psiquiátricos. La locura fue sometida al silencio dentro de la institución (Cruz 2010). Por ello la Radio se convierte en un poderoso bastón de apoyo que permite exportar ideas y sensibilidades, siendo un canal de denuncia y enunciación que visibilice la realidad del adentro con la del afuera.

Hay un asunto ineludible: el cuidado de las personas con padecimientos mentales debe traspasar los muros del hospital, debe ser una responsabilidad de toda la sociedad, pero sobre todo del Estado. Muchos de los problemas que detonan el llegar al Borda es la pobreza y la falta de vivienda digna y comida. Al no existir un sistema de salud que contemple y garantice las necesidades básicas y los derechos elementales de un sujeto externado, será difícil hablar en términos estrictos de una *reinserción social* real y efectiva. Frente a esto, vale tomar la *ética del cuidado* y de la *responsabilidad* como conceptos que permitan comprender la realidad desde una postura feminista, una que conciba a la persona en su dimensión subjetiva, en su particularidad, pero que a la vez exija el rol social frente al cuidado de quien lo necesita. Para ello, es necesario plantear una moral que sustente la responsabilización que tenemos con el otro desde la empatía y la comprensión, para que así se hable efectivamente de una intersección ética donde lo público y lo privado sean esferas interdependientes.

El arte no cura, pero sí ayuda, dice uno de los coordinadores del Frente de Artistas del Borda en una conversación personal, el 27 de julio de 2020, argumentándolo con los 36 años de experiencia que tiene el FAB. Este proceso, Cooperanza y La Colifata, aunque diferentes, confluyen en ejecutar herramientas en común para el abordaje de la locura y el abandono del Borda. No se habla de estos como proyectos que planteen un cambio estructural en el orden de lo social, lo político y lo económico. No son un proyecto político emancipatorio para la mayoría de humanidad que irrumpa con el orden de las cosas, hablando en términos marxista. Aquí hay algo claro, el arte por sí solo no lo hace, se necesitan otras variables: estos “ayudan a que se produzca una revolución, pero no es una” (conversación personal, 27 de julio de 2020).

La figura histórica y cultural del *loco*, más allá de ocupar un lugar excluido por su condición psicopatológica, representa una cosmogonía que cuando es anulada, es anulado todo un sistema de pensamientos y una historia de vida. Se confía que la sensibilidad antropológica es una aliada para que el *otro patologizado* bajo las ideas de patologías de Occidente, ante los ojos de la razón, recupere siempre su alteridad, su fundamental inadecuación (Lanata, 2005, p. 36), haciéndose preciso trascender un estado de ignorancia e incompreensión, de opacamiento a lo diferente, un mundo en donde solo brillan las velas del mismo color y las demás reciben un soplo voraz. Se trata de superar esta ceguera, para lograr vivir en una realidad donde la locura y las manifestaciones que simbolizan su naturaleza diferenciada ante el ideal y el código real de representaciones, no signifiquen el aislamiento y el asesinato simbólico de su modo de existir.

Esta fragmentación rinde culto a la tradición racionalista característica de nuestro mundo occidental, la cual ha tendido a la construcción de un camino enraizado —como dice Arturo Escobar (2016) en Varela (1999:6)— “de lo general y lo formal, lo lógico y lo bien definido, lo representado y lo previsto” preponderando un *logocentrismo* producto de esta mirada cartesiana-dualista de la realidad. Este pensamiento abrió paso para que la ciencia investigara la realidad mediante “la separación de la mente y la materia, el cuerpo y el alma, y la vida y la no vida” (Escobar, 2016. p. 99), generando una mutación de la mitad de la quimera que es lo humano. La comprensión frente a la idea de locura que recae en vidas singularizadas no debe analizarse netamente desde un terreno de la individualidad, por el contrario, es necesario reconocer que detrás de este fenómeno hay múltiples actores inmiscuidos que toman partido de acuerdo con la posición que tengan. Durante años, la psiquiatría —reguladora bajo la legalidad y legitimidad del saber— ha ejercido un rol basado en relaciones de poder asimétricas entre los denominados “enfermos mentales” y quienes tratan de encaminar el fenómeno a la normalización social. A razón de esta asimetría, es menester que otras miradas traigan consigo nuevas posturas frente a la comprensión de la locura y que, a su vez, puedan aportar una visión más holística. Además, que no es nuevo decir que la psiquiátrica como institución de la mano de la industria farmacológica, resultan ser un negocio altamente rentable producto de la amplia suma de capital que genera.

Miguel Salas Soneira (2018) propone un avance a la comprensión de la locura desde una perspectiva socioeducativa que tenga en cuenta la pluralidad de formas en que se manifiesta el fenómeno a la vez que posibilita “nuevos tránsitos a los sujetos en la construcción de sus propias biografías e historia social, desde sus propios sentidos y significados y, en fin, desde su propia autoría” (2017, p. 718). El reconocimiento de dicha ‘pluralidad’ pasa por la comprensión intersubjetiva e implica aceptar que en la interacción comunicativa se producen nuevas identidades y subjetividades tanto en el plano lingüístico-nominativo como de la acción. En este sentido, el abordaje social de la locura se presenta constantemente un “proceso de expansión de marcos de referencia” (Salas, 2018, p. 720) donde se generan esquemas interpretativos diversos. Esto justamente es lo que Menéndez en Salas (2017) denomina las ‘transacciones’ entre el modelo hegemónico de tratamiento de la locura y los modelos de resistencias alternativas posibles.

Es fundamental resaltar que, así como la figura del psiquiatra es un actor central en el tratamiento para la cura del padecer psíquico, hay otros actores que también toman agencia en brindar soluciones alternativas a lo netamente institucional. La Colifata da cuenta de que, a través de iniciativas propias, surgidas de las resistencias y las luchas ciudadanas, se pone en disputa un terreno en que hegemónicamente está constituido un solo actor en el ejercicio de poder. Con esto se quiere decir que, aunque existan leyes estatales para el tratamiento de enfermedades mentales, manuales de diagnósticos, instituciones que velan por tratar esta situación, también existen actores que, al margen de lo formalmente instituido, entran a ejercer, mediante prácticas de la cotidianidad, un significativo contrapeso. No siempre las acciones que se encuentran “fuera de lo normalmente establecido” representan una pugna directa entre los múltiples actores en el plano del campo estatal. Es posible también, como dejan ver Suaza y Martínez (2016), que muchas de las maneras en que el Estado capitalista actual se conserva, mediante los diferentes tipos de gobiernos de representación, en el ejercicio electoral, también es visto en el hospital mental como una forma en que los colifatos se sienten parte de la sociedad.

En este punto, se rescata el planteamiento de Rifkin (2014) bajo la lógica del *procomún colaborativo*. Es un buen postulado para comprender el fenómeno Colifata, la creación y producción de su contenido y el acceso que propende. Se evidenció cómo cuando

se da de alta del Hospital, e incluso dentro de él, los internos se encuentran en un desamparo estatal multifacético. La Radio opera en un circuito delimitado, porque tiene un alcance acotado, y porque tampoco le corresponde dar respuestas estructurales a los internos, mucho menos al tratamiento psiquiátrico, mucho menos a la reinserción social de quienes salen, mucho menos a asegurar condiciones de vida que diezmen la vuelta al neuropsiquiátrico. Aunque hablemos de la nueva era del *colaborismo*, este modelo termina siendo asimilado por un mercado capitalista “más humano y eficiente”, pero es que el capitalismo se recicla constantemente. Por eso no se puede negar la estructura económica de la sociedad capitalista. Resulta incuestionable que este tipo de modelos irrumpa y en este sentido posibiliten un mundo donde el capital desempeñe un papel significativamente menor que el actual.

Si bien Negri y Hard (2000) tienen razón al plantear que en las últimas décadas la globalización y los intercambios económicos y culturales han tomado un auge tal que el mercado y los circuitos globales de producción han generado una nueva lógica y estructura de mando, se considera abstracto la idea que esto haya generado en sí mismo una nueva forma de soberanía donde el poder no se ejerce desde un centro territorial de poder con fronteras fijas y nacionales y que esto se contraponga con la categoría de *imperialismo*. Se percibe que, con el auge del neoliberalismo, se ha exacerbado la dominación económica y en consecuencia política de ciertos países geográficamente delimitados que son potencia económica global y de organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial también localizados en espacios territoriales concretos, con países socios y aliados concretos, que si bien despliegan política internacional, sus intereses y necesidades siguen concentrándose en sus manos, manteniendo la lógica de dominación global de estos países vinculados a estos organismos, por sobre la soberanía de los países dependientes, productores y exportadores de materias primas, ubicados principalmente en el centro y sur de América y en África.

Es cierto que la globalización de la producción capitalista y el intercambio ha generado que las relaciones económicas sean cada vez más autónomas de los controles políticos, y que esto ha representado un declive progresivo de la soberanía política de los Estados-naciones. Sin embargo, las presiones internacionales en materia económica y política terminan incidiendo significativamente en el estilo de vida de las y los habitantes de

cada país en específico. Los diferentes Gobiernos capitalistas siguen actuando e incidiendo política y económicamente en las decisiones que atañen en sus fronteras territoriales de gobernanza, ahora, que las políticas de los organismos multilaterales se hayan convertido en su política dominante a nivel nacional, una política que se conjuga y se subleva a los intereses del sector privado, pero que sigue manteniéndose, defendiéndose y reforzándose para mantener este orden de cosas, es seguro.

Según Negri y Hard (2000), no existen ya silenciosas *masas oprimidas*, sino un nuevo sujeto que forma una *multitud* espontánea capaz de forjar una alternativa democrática. No es claro a qué se refieren con que ya no existen masas oprimidas, de nuevo el embelesamiento de la teoría posmoderna. Aunque haya habido cierto desarrollo en las fuerzas productivas, sobre todo en materia de los medios de comunicación masiva, estas siguen privatizadas y en ese sentido no significan un desarrollo en el bienestar de la humanidad, no es real que la opresión y la explotación se haya desvanecido y que estos avances hayan representado un bienestar para la mayoría de la población mundial. La estructura de dominación económica y política burguesa permanece, aunque debilitada, en últimas décadas no ha caído en ningún país, mucho menos a nivel mundial. Para que las masas dejen de estar *oprimidas* es necesario que la clase trabajadora y los sectores populares tomen el poder político, para así hacer transformaciones en la organización de la vida social en su conjunto; un poder que discuta democrática y ampliamente la concentración y por ende la apropiación del poder y sea esta la manera de tomar las decisiones políticas y económicas de incidencia social. Solo así se podría hablar de que las masas dejarían de estar oprimidas.

Hay que incluir nuevos diálogos en torno a la comprensión de la locura, diálogos que permitan vivificar y poner en discusión nuevas miradas a la complejidad del fenómeno expuesto, y que, por su parte, doten de elementos para enfrentarnos a él. Se augura que el estudio de la locura como condición de lo humano, desde una mirada antropológica, permita, por una lado, entrever las relaciones sociales y culturales imbricadas en una institución de regulación del comportamiento humano tan poderosa como es la psiquiátrica, y por el otro, comprender que la condición de situar un ser humano en la locura también responde a una serie de signos y símbolos configurados por la sociedad y sus nociones culturales, pues tal como señala Lévi-Strauss, (1987), “el maldito” define su situación mental a partir del

concepto de la tribu. No se pretende reducir la explicación a una mera cuestión culturalista. Se dota con toda la pertinente extrapolar el análisis a los ámbitos estatales y políticos donde se enmarca la institucionalidad que define lo conocido como “salud mental” y su contraparte “enfermedad mental”; a su vez que considerar el quehacer en términos prácticos para responder frente a esta realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELES, Marc. (2001). *La Antropología política: nuevos objetivos, nuevos objetos*. En: www.unesco.org/issj/rics153/abelespa.html.
- AGUILAR, Mauro (2002). *Noche solidaria y Colifata*. En: El ciudadano y La Región. Jueves 19 de diciembre del 2002. Buenos Aires, Argentina.
- BARUKEL, Agustina (2013). *Estado. Política. Locura. Aproximaciones a la Nueva Ley de Salud Mental* 26.657. Revista Cátedra Paralela. N° 9. Argentina.
- BRAND, Ulrich (2012). *El papel del Estado y de las políticas públicas en los procesos de transformación*, En: Más Allá del Desarrollo. Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo. Fundación Rosa Luxemburg. Ediciones Abya Yala. pp: 145- 157.
- CANAL ENCUENTRO (2017). La Colifata en Moscú. 12 de abril de 2017. [Archivo de video] Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=8GGwT1beNwY>
- CANAL ENCUENTRO (2018). *Colifata filosa. La risa*. 15 de agosto del 2018. [recurso virtual] Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=5acOh5U_aMo
- CANAL ENCUENTRO (2019) La Colifata en Moscú II. 7 de octubre de 2019. [Archivo de video 7] Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=0K2GGGr7cKXM>
- CASCIERO, Roque (1992). *La radio de los internos del Borda LT22 La Colifata, cumplió un año en el aire*. Miércoles 22 de agosto de 1992. En: Revista La Maga. Buenos Aires, Argentina.
- CASTRO-GÓMEZ, Santiago (2000). *Ciencias sociales, violencia epistémica y el problema de la invención del otro*. En: “La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas”. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Buenos Aires.
- COLIFATA (2017). *La Colifata. “El Picaporte” Entrevista a Alfredo Olivera*. 17 nov. 2017. Programa de TV emitido en 1996. [Recurso virtual]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=fSLhCWic7No>

- CONTRATAPA (1993). *Radio La Colifata se dice Durchgeknallt en alemán*. Domingo 23 de mayo de 1999 en Periódico Contratapa, Río Negro, Argentina.
- COOPERANZA (2013). *Historia*. Colectivo Social. Sesión historia. [Recurso virtual] Recuperado de: <http://cooperanza.blogspot.com/>
- ELIAS, Norbert (1994). *La teoría del símbolo*. Barcelona, España. Ediciones Península.
- ESPECTÁCULOS (2006). *El living de Stellita – La locura que se mira por TV*. Buenos Aires, Argentina.
- FOUCAULT, Michel (1986). *Historia de la locura en la época clásica*. Tomo I. Santafé de Bogotá, Colombia. Fondo de Cultura Económica.
- FOUCAULT, Michel. (1988). *El sujeto y el poder*. Revista Mexicana de Sociología, Vol. 50, No. 3. (Jul. - Sep., 1988), pp. 3-20
- FOUCAULT, Michel (1999). *La Locura y la sociedad*. En: “Estética, ética y hermenéutica”. Barcelona, España. Editorial Paidós. Páginas 73-97.
- FOUCAULT, Michel (2000). *Los anormales*. Buenos Aires, Argentina. Fondo de cultura económica de Argentina S.A. Clase del 22 de enero de 1975. Páginas: 61-82.
- GALINDO, Jorge (2015). *Erving Goffman y el orden de la interacción*. *Acta sociológica*. México, número 66, enero-abril de 2015, pp. 11-34.
- GEERTZ, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona, España. Editorial Gedisa, S.A.
- GILLIGAN, Carol. (1985). *Los conceptos del yo y de la moral*. En: *La moral y la teoría*. Psicología del desarrollo femenino. Fondo de Cultura Económica, México.
- GINZBURG, Carlo (1999). Prefacio de: *El queso y los gusanos*. Muchnik Editores S.A. Barcelona, España.
- GLEIZER, Marcela (1997). *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*. Flacso, México.

- GOFFMAN, Erving (1997). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu editores.
- GOFFMAN, Erving (2001). “Sobre las características de las instituciones totales”. En: *Internos. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu Editores. pp. 15-129.
- GOFFMAN, Erving (2006). “Estigma e identidad social”. En: *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires, Argentina. Amorrortu Editore. pp. 11-55.
- GRIMSON, Alejandro (2000). *Interculturalidad y comunicación*, Enciclopedia latinoamericana de sociología y comunicación. Editorial Norma, Buenos Aires
- HUERTAS, Rafael (2014). *¿Qué sabemos de? La locura*. España. Consejo Superior de Investigaciones Científicas; Edición: 1
- LA IMPRENTA (1994). *Ida y Vuelta*. En: Multimedio Colifato. Periódico. Buenos Aires, Argentina.
- LANATA, Xavier (2005). *El irracional es el otro. Los mecanismos de la interpretación en Antropología*. Revista: anthropologica, departamento de Ciencias Sociales. 2005, N. 23. Páginas: 5-43.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1987). *Antropología estructural*. Barcelona: Ediciones Paidós. Páginas: 196-210.
- MANU CHAO & RADIO LA COLIFATA. (2002). *Siempre fui loco* [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=KudfRVLG0YQ&t=90s>
- MARÍN, Gloria. (1993). *Ética de la justicia, ética del cuidado. Sin referencia*. Recuperado de: http://www.feministas.org/IMG/pdf/etica_de_la_justicia_y_etica_del_cuidado_-_gloria_marin.pdf
- MATA, María (s/f): *La radio: Una relación comunicativa*. En: Diálogos de la Comunicación. Revista Académica de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social. FELAFACS.

- NEGRI, Antonio & HARD, Michael. (2000). *La multitud contra el imperio*. En: *Imperio*. Editorial Harvard University Press. Cambridge, Massachussets.
- PERFIL(2012). *Entrevista a Alfredo Olivera, de Radio La Colifata*. 26 de enero del 2012. [Recurso virtual]. Recuperado de: https://www.youtube.com/watch?v=j6Hb4ps_SwQ&t=2s
- PERIODISMO CIUDADANO (2015). *Alfredo Olivera y Radio "La Colifata": Una lucha contra el estigma social de la locura*. 15 de mayo del 2015. [Recurso virtual]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=hEMxg-F2Fjg&t=30s>
- PROMO Film (2003). *Radio La Colifata TV* [Archivo de video]. Recuperado de: <https://www.youtube.com/watch?v=DbqRIeR4nAU>
- RIFKIN, Jeremy (2014). *El gran cambio de paradigma: del capitalismo de mercado al procomún colaborativo*. En: *La sociedad del coste marginal cero*. Paidós Estado y Sociedad. PlanetadeLibros.com
- SACRISTÁN, Cristina (2009). *La locura se topa con el manicomio. Una historia por contar*. Cuicuilco, Revista de Ciencias Antropológicas, México, número 45, enero-abril, 2009, pp. 164-189.
- SALAS, Miguel (2018). *Usos de [la] locura: hacia el reconocimiento de nuevas lógicas interpretativas del sufrimiento humano*. Salud Colectiva, Universidad Nacional de Lanús, España, pp. 713-729.
- SÁNCHEZ, Sofía (2012). *Radio Sin Muros, un espacio de y para los "locos" y marginados de Italia*. Desinformémonos. 12 de agosto del 2012. [Recurso virtual]. Recuperado de: <https://desinformemonos.org/radio-sin-muros-un-espacio-de-y-para-los-locos-y-marginados-de-italia/>
- SARMIENTO, Gustavo (2020). *Alfredo Olivera, fundador de La Colifata: "En momentos de encierro, creamos un nuevo afuera"*. 19 de julio de 2020. En: *Tiempo Argentino*. Buenos Aires, Argentina.
- SAVA, Alberto (2008). *Frente de Artistas del Borda: una experiencia desmanicomializadora. Arte, lucha y resistencia*. Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires, Argentina.

- SERNA, Yamid (2020). *Fabricantes de armas, fabriquen alimentos por favor, la gente tiene hambre*. 22 de julio del 2020. En: El Heraldó. Bogotá, Colombia.
- SIGAL, Pablo (2001). *El periodista que se formó en El Borda - Daniel López y su "Mundo Deportivo"* Contratapa. En: Diario La Razón. Buenos Aires, Argentina
- SIMÓN, Alfredo (1999). *Se volvió colifato usando la cabeza*. Domingo 25 de junio del 2006. Programa Cara y Seca 1999. Buenos Aires, Argentina.
- SUAZA, Edwin & MARTÍNEZ, Wilman. (2016). *Tipologías y patologías de Estado. Otra lectura frente a la formación y prácticas de lo estatal*. Estudios Políticos, N°. 48, 2016, pp. 52-72.
- VEIGA, Mariano & Albornoz, Nancy (2020). *Un nuevo intento de unificar hospitales ¡Sigamos hasta voltear el proyecto de Larreta!* 23 enero, 2020. Periódico Alternativa Salud. Hospital Borda. Buenos Aires, Argentina.